

LA COMPRENSIÓN DEL MUNDO SIMBÓLICO DE GUALMATÁN DESDE LA
MEMORIA Y LA EXPERIENCIA PRESENTE DE UN COTERRÁNEO



ESTUDIANTE

DANILA ALEXANDRA NARVÁEZ ENRÍQUEZ

UNIVERSIDAD DEL CAUCA

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

LICENCIATURA EN LITERATURA Y LENGUA CASTELLANA

POPAYÁN - CAUCA

2023

LA COMPRENSIÓN DEL MUNDO SIMBÓLICO DE GUALMATÁN DESDE LA
MEMORIA Y LA EXPERIENCIA PRESENTE DE UN COTERRÁNEO



ESTUDIANTE

DANIILA ALEXANDRA NARVÁEZ ENRÍQUEZ

DIRECTOR

Mg. OSCAR HERNÁN SAAVEDRA CRUZ

UNIVERSIDAD DEL CAUCA

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

LICENCIATURA EN LITERATURA Y LENGUA CASTELLANA

POPAYÁN - CAUCA

2023

Agradecimientos

Gracias padre Dios por haberme dado la fuerza día a día para culminar mis estudios, agradezco el amparo y amor incondicional de mi madre Sandra Enríquez y hermano William Narváez que me otorgaron en este largo camino desde la distancia, a mi abuelita Chelita por tanto inmenso amor, a Eliana Chamorro por apoyarme, ofreciéndome sus conocimientos, que son muy amplios sobre nuestro territorio, a doña Gloria Muñoz por brindarme la mano de corazón durante estos años de carrera, a mi compañero de mi vida Daniel Yela por tomar mi mano y caminar juntos, a mi hijo amado David Alejandro Yela por ser el motor de mi ser.

A la memoria de mi abuelo Manuel Antonio Guerrero, quien me llevó a retornar a mi territorio gualmatence a recordar una de las experiencias familiares más bellas e inolvidable que compartimos para eternizarse en mi proyecto de Tesis. ¡Te amo abuelo!

Las palabras nunca serán suficientes para testimoniar mi aprecio y agradecimiento eterno.

Y, por último, pero no menos importante, un sincero agradecimiento a mi director de tesis, Mg. Oscar Hernán Saavedra Cruz por su valiosa dirección y apoyo para seguir este camino de tesis y llegar a la conclusión del mismo.

Tabla de contenido

INTRODUCCIÓN	5
CAPÍTULO I	7
Recorrido teórico: Una cultura que nos constituye	7
Discusión y planteamiento del problema	7
METODOLOGÍA	13
CAPÍTULO II	16
Al arrullo de la Tulpa se desenvuelve la experiencia vital del habitante gualmatence	16
Recorridos desde la memoria	16
EL PRIMER VIAJE DE RETORNO A CASA	22
EL SEGUNDO VIAJE DE RETORNO A CASA	41
CAPÍTULO III	48
Relatos: El regreso simbólico a casa	48
Vení, vení, no te espantarás	49
Sírvasse un cafecito	51
El Mal de Vieja	54
De a pedacito se comió el cuy	57
Un hervidito pa' el frío	61
El viejo fogón del abuelo	65
GLOSARIO	68
REFERENCIAS	70

INTRODUCCIÓN

Partiendo de la premisa de que todo sujeto está inmerso en una realidad que depende del entorno cultural, el siguiente trabajo pretende mostrar a través de relatos las experiencias vitales y significativas del universo cultural “Gualmatán” que me constituye como sujeto.

Dicho lo anterior, la presente investigación creación literaria tiene un enfoque epistémico basado en los elementos teóricos de Ernst Cassirer, y de su idea de la cultura como red simbólica, de Edmond Cross, y su concepto de sujeto cultural, y de Jerome Bruner, con su idea de la narrativa como expresión de la experiencia vital del ser humano. Por otra parte, este trabajo usa las técnicas etnográficas de investigación: la observación participante y la entrevista no dirigida para reconstruir el universo cultural de Gualmatán que me constituye como sujeto. Por último, los resultados de la investigación serán expresados literalmente por medio de relatos.

Ernst Cassirer (2005) refiere que las obras literarias parten desde espacio subjetivo, de la experiencia vital del sujeto, por ende, revelan algo nuevo a la comprensión de los fenómenos humanos. Henk Borgdorff (2006) amplía lo dicho, expresando que obras artísticas son también creaciones investigativas que generan nuevo conocimiento no sólo al universo artístico que incluye aspectos estéticos sino también, al seno de la vida social. En este sentido, las obras literarias son creaciones investigativas que expresan la subjetividad y aportan algo nuevo al universo cultural y humano. Así, la literatura posibilita ver cómo los viajes del retorno ponen en juego al sujeto con aquello que lo constituye.

Mi proyecto *Los viajes del retorno a casa*, que se construyó a partir del método de investigación creación literaria consta de tres capítulos. El primer capítulo presenta un recorrido del enfoque epistémico basado en los planteamientos de Ernst Cassirer, su idea de la cultura como red simbólica, de Edmond Cross, con su idea de sujeto cultural, y Bruner, con

su idea de la narrativa como expresión de la experiencia vital. A partir de los planteamientos de Gutiérrez y Rodríguez, Ernst Cassirer y la discusión sobre la investigación en las artes de Henk Borgdorff, se desarrolla el método de investigación creación literaria, y desde Rosana Guber se plantean las técnicas etnográficas de investigación: la observación participante y la entrevista no dirigida con las cuales se va a reconstruir el universo simbólico de Gualmatán. En el último momento hago el planteamiento del problema de investigación.

El segundo capítulo presenta un ensayo que expresa la experiencia del trabajo de campo que se realizó en Gualmatán, mi tierra natal.

Y en el tercer capítulo se expondrá los resultados de la investigación a través de relatos que constituyen la obra literaria que lleva como nombre: *Los viajes de retorno a casa*.

CAPÍTULO I

Recorrido teórico: Una cultura que nos constituye

Discusión y planteamiento del problema.

El filósofo Ernst Cassirer, en su texto *La ciencia de la cultura*, expone que durante la historia de la humanidad los enfoques epistémicos han tenido siempre, como punto central de toda investigación la objetividad, deslegitimizando la subjetividad como campo de investigación y conocimiento que posibilitó el establecimiento de la antropología simbólica, como un nuevo enfoque epistémico en el que se otorga relevancia al estudio de la cultura en cuanto a dimensión constitutiva de la naturaleza humana. (1951). Perspectiva epistémica de mi trabajo de investigación-creación literaria, por lo cual resulta esencial abordar los elementos teóricos de las obras de Ernst Cassirer *Las ciencias de la cultura* (1951) y *Antropología filosófica* (1967), que validan este tipo de conocimiento en la academia.

Primeramente, Ernst Cassirer parte desde la perspectiva de la biología moderna que plantea el principio de subjetividad de la percepción en los organismos vivos, la cual incluye al ser humano, puesto que cada entorno permite realidades y experiencias distintas. “Cada organismo, por decirlo así, es un ser monádico. Posee un mundo propio, por lo mismo que posee una experiencia peculiar”. (Cassirer, 1951, p. 25). Así tenemos que, la vida es una realidad que depende de la naturaleza de cada ser vivo. Lo anterior, anula la existencia de una realidad absoluta y homogénea para todos.

Sin embargo, el filósofo Ernst Cassirer expone que el ser humano ha descubierto otra manera de adaptarse a su ambiente, “el sistema simbólico”, que es otra dimensión de la realidad más amplia que constituye al hombre en su totalidad, y es la característica distintiva de su naturaleza que lo diferencia de otros animales. Él afirma que: “Entre el sistema receptor y el efector, que se encuentra en todas las especies animales, hallamos en él como eslabón intermedio algo que podemos señalar como sistema simbólico”. (1951, p.26).

De esta manera, Cassirer explica que para diferenciar entre el animal humano y los animales es necesario observar la interacción de éstos ante posibles estímulos y respuestas donde surge un sistema funcional. Mientras el sistema de los animales resulta ser cerrado, porque responde a estímulos externos de manera inmediata por su naturaleza instintiva o por condicionamiento, el ser humano responde a estímulos externos de manera variada, respuesta que está mediada por la red simbólica en la que habita. De ahí que, el ser humano crea sus propias herramientas, las formas simbólicas que constituyen la experiencia vital y que nacen de la necesidad de responder ante posibles cuestiones futuras. (1951). Y lo apropia de la siguiente manera:

“El hombre al crear sus instrumentos de trabajo no lo hace obedeciendo al impulso y al apremio del momento. En vez de obrar directamente movido por un estímulo real, lo hace pensando en posibles necesidades, preparando los medios para satisfacerlas en el momento en el que se presenten” (1951, p. 28).

De este modo, se da lugar a la antropología simbólica de Ernst Cassirer que amplía el campo epistémico al proponer la idea del animal simbólico, el cual hace ruptura con el pensamiento aristotélico que plantea el animal racional de Aristóteles. Por consiguiente, el ser humano se constituye en animal simbólico, capaz de representar, expresar y comunicar a través de símbolos el mundo que lo rodea y es a partir de esa función simbólica que el hombre da origen a la cultura. “La costumbre es la atmósfera invariable en la que el hombre vive y existe; no puede sustraerse a ella, como no puede sustraerse al aire que respira” (Cassirer, 1951, p. 7).

Por esta razón, Cassirer afirma que el ser humano es un hacedor de cultura e inmanente a la misma, puesto que al nacer inmediatamente se inserta en esta realidad que lo rige, concibe y constituye en su totalidad. Así pues, el hombre al estar inmerso en la cultura

es atravesado por sus diversas formas simbólicas dando cuenta del mundo físico que habita, de tal modo que:

“La razón es un término inadecuado para abarcar las formas de la vida cultural humana en toda su riqueza y diversidad, pero todas estas formas son simbólicas, por lo tanto, se definen los hombres y las mujeres como animales simbólicos” (Cassirer, 1967, p. 27).

Puesto que, Cassirer, en el texto *Antropología Filosófica*, plantea que el pensamiento lógico-científico, los principios de la matemática, física, química o biología, aunque son válidos, ya no son bastos para comprender los fenómenos de la naturaleza humana ya que, al final terminan restando importancia al lugar cultural donde cada grupo humano vive una realidad distinta. (1967).

Dicha visión es ejemplificada por el crítico literario Edmond Cross en el libro *El sujeto cultural sociocrítico y psicoanálisis*. El autor expone que la cultura se constituye como un bien simbólico colectivo que cada clase social lo apropia de diversas formas, por tal razón afirma que el sujeto cultural es la instancia que integra a todos los miembros de la misma comunidad. (2003). De ahí que, ninguna persona de manera individual puede ejercer acción sobre la cultura.

Posteriormente, Edmond Cross manifiesta que nos constituimos en sujetos culturales cuando operamos por medio del discurso, refiriéndose a la carga significativa del lenguaje. Así tenemos que, es en la enunciación en donde se producen los significados que se descubre el fundamento lingüístico de la subjetividad, entonces se podría decir que el límite de la realidad es el límite del lenguaje, idea planteada por Ludwig Wittgenstein en su libro, *Tractatus Logico-philosophicus* (2012). Todo lo dicho anteriormente, le permitió determinar a Cassirer que, en la enunciación, el sujeto cultural es hablado por las formas simbólicas, lo que responde a que muchas veces no somos conscientes de la significación de nuestras palabras, porque naturalizamos la realidad que nos envuelve.

Así tenemos que, la antropología simbólica de Ernst Cassirer posibilita expandir la indagación del ser humano con relación al universo cultural, y de esta forma habilita la subjetividad como campo de investigación y conocimiento, dando paso a una variedad de interpretaciones y posibles versiones de lo real que, puestas en diálogo, permiten emerger significados en común sobre el mundo que compartimos. Así como lo refiere Bruner: “Las realidades sociales no son ladrillos con los que tropezamos o con los que nos raspamos al patearlos, sino los significados que construimos compartiendo cogniciones humanas” (2004, p.126).

Entonces los significados contruidos por las diferentes interacciones humanas pasan por un proceso de negociación en donde cada realidad se transforma, pues el lenguaje, como forma simbólica moldea el conocimiento y crea la realidad.

Por tal razón, el autor afirma que los sujetos construimos nuestra experiencia de vida narrativamente. En este sentido, Bruner plantea que la narrativa es un lugar de construcción de conocimiento que permite al sujeto organizar y expresar la experiencia vital, dando paso a diversas interpretaciones y posibles realidades que permiten comprender los sentidos de las actuaciones humanas desde sus propios términos. (2004).

Jerome Bruner amplía lo anterior expresando que las múltiples interpretaciones y formas de comportarse en el mundo sólo son comprensibles cuando se sitúan en un sistema cultural determinado. Puesto que, todas estas manifestaciones inscritas por medio de la narración hacen parte de determinadas culturas, permitiéndonos conocer, comprender y reflexionar las diferentes realidades subjetividades del mundo que habitamos.

Teniendo en cuenta los aspectos planteados por Ernst Cassirer, Edmond Cross y por Jerome Bruner, tenemos que hay una cultura que nos constituye, entendiéndose como un bien colectivo que el sujeto cultural asimila y devela en la cotidianidad a través del lenguaje.

De esta manera, cuando el ser humano se asume como sujeto cultural y desnaturaliza aquello que creía cotidiano, hace que surja el sujeto investigador que parte desde su subjetividad, la cual implica experiencias, conceptos, emociones, sentimientos, pensamientos, reflexiones, teorías, lecturas y demás dimensiones que lo constituyen, a comprender la red simbólica que habita y que puesta en relación con otras experiencias de su mismo entorno amplía el conocimiento del universo simbólico.

El enfoque epistémico simbólico avala el método de investigación-creación literaria que permite al sujeto investigador-creador, desde su subjetividad, indagar y expresar de manera literaria las formas de vida cultural que lo constituyen. En concordancia con Gutiérrez y Rodríguez , la obra de arte se constituye en sí mismo como un proceso investigativo, debido a que la producción artística es creación y también investigación en la práctica, llamada “praxis creadora”, puesto que el ejercicio de creación literaria es la posibilidad de indagar sobre la forma en que el lenguaje se transforma en literatura y de llegar a las formas simbólicas de la cultura a través de la investigación creación-literaria, abriendo paso a diversidad de verdades subjetivas. “La praxis creadora se convierte entonces en una propuesta de la investigación, que tiene sus propias preocupaciones sobre el lenguaje, la literatura y la cultura”. (2018, p. 7).

Asimismo, Ernst Cassirer, refiere que las obras literarias parten desde la experiencia vital del sujeto, por ende, revelan algo nuevo a la comprensión de los fenómenos humanos. Ernest Cassirer lo apropia de la siguiente forma:

Estas obras no son nunca un mero relato de cosas pasadas, sino que, de la mano de la narración épica, proyectan ante nosotros una visión del mundo que viene a derramar una nueva luz sobre la totalidad de los acaecimientos relatados y sobre el universo humano en su conjunto. (1951, p. 34).

Henk Borgdorff, amplía lo dicho expresando que obras artísticas son también creaciones investigativas que generan nuevo conocimiento no sólo al universo artístico que incluye aspectos estéticos sino también al seno de la vida social. (2006).

En este sentido, las obras literarias son creaciones investigativas que expresan la subjetividad, por ende, aportan algo nuevo a la comprensión del lugar simbólico y de los fenómenos humanos.

En tal marco, Henk Borgdorff, plantea en el texto *El debate sobre la investigación en las artes*, que investigación- creación literaria, es una práctica artística que no asume una separación de sujeto y objeto, ya que el sujeto se convierte en un elemento esencial del proceso de la investigación, pues en la medida que reflexiona e indaga crea literatura que aportará algo nuevo al universo cultural. (2006).

Finalmente, y partiendo de la premisa de que todo sujeto está inmerso en una realidad que depende del entorno cultural, empecé a recordar desde la ciudad Popayán aquellas experiencias que fueron vitales y significativas para mí dentro mi tierra natal, Gualmatán. Una noche me encontraba sola en mi cocina en la ciudad de Popayán, y de pronto, cuando mi madre me llamó a saludarme desde su cocina en Gualmatán, recordé las noches que viví en mi tierra natal, cuando en aquellas veladas con mi familia escuchábamos historias al calor del fogón. Otro día, llegada la tarde, mientras tomaba a solas un café, recordé y extrañé el cafecito alrededor del fogón acompañado de la conversa de los acontecimientos del pueblo, y a partir de este momento la memoria me trajo más vivencias significativas. De esta forma el viaje de Gualmatán a la ciudad de Popayán, resultó ser una experiencia vital para mí que me generó una sensibilidad y nostalgia por aquel mundo que existe en mi memoria. De esta forma surgió mi proyecto de investigación creación literaria con la siguiente pregunta: ¿Qué nuevas significaciones e imaginarios que me confrontan desde la vivencia cotidiana de Popayán a Gualmatán, mi tierra natal?

METODOLOGÍA

La Investigación- creación literaria se articula a la metodología etnográfica, porque posibilita investigar desde la experiencia vital la subjetividad y desde esta mirada interna comprender los fenómenos sociales. Según Rosana Guber, “la etnografía es una forma de conocimiento que permite comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de sus integrantes, entendidos como sujetos sociales”. (2001, p.6). Lo que sustenta el vínculo entre etnografía e investigador, donde este último es el principal responsable de crear espacios discursivos de configuración y producción de sentido de la realidad en el universo simbólico del investigado. Lo que lo convierte en la herramienta esencial de investigación. “La presencia del investigador constituye las situaciones de interacción, como el lenguaje constituye la realidad”. (2001, p. 18). De esta manera, el investigador quien cuenta con un conocimiento previo debe recorrer el camino del desconocimiento al reconocimiento, además de presentar los hechos debe interpretarlos, “...debiendo reaprenderse y reaprender el mundo desde otra perspectiva”. (2001, p. 54).

Las técnicas etnográficas que utilicé para mi investigación que usa el método investigación creación-literaria fueron: la observación participante y la entrevista no dirigida. La observación participante posibilita al investigador hacer uso de todos los sentidos que lo constituyen y de esta manera dar cuenta de una experiencia más plena, para ello también es necesario disponer del diario de campo, donde se llevó un registro detallado de cada momento y evento vivencial. La entrevista no dirigida complementa a la observación participante, puesto que su valor reside en su carácter performativo, pues se basa en la realización de preguntas enfatizadas en la experiencia de vida, en el momento en que se significan. Para Rosana Guber, significamos el mundo en el momento que hacemos la acción.

“La entrevista es una situación cara-a-cara donde se encuentran distintas reflexividades, pero también, donde se produce una nueva reflexividad”. (2001, p. 74).

La reflexividad hace alusión a las diversas interpretaciones del mundo que parten desde la experiencia vital de cada sujeto, por ende, dentro del campo de experiencia y en la entrevista funciona como un elemento que posibilita la diferenciación de los contextos, y ayuda al conocimiento de las diversas interpretaciones y sentidos, tanto del investigador como de los entrevistados, de esta manera, la relación de las reflexividades en la investigación encamina a una nueva interpretación y mejor comprensión de los fenómenos humanos.

Así, las dos técnicas etnográficas posibilitan constituir un tejido experiencial y discursivo de un sistema cultural determinado que, posteriormente a través del método de investigación creación literaria, se convierte en literatura.

También como técnicas literarias se indagó las formas literarias a través de proceso de investigación que permitió responder la pregunta ¿Cómo se va a expresar la investigación? Entre las formas literarias que existen, escogí el relato para indagar el campo subjetivo y expresar la experiencia narrativamente. De acuerdo con Jerome Bruner, los relatos o narraciones tratan de sucesos, estados mentales o acontecimientos en que los seres humanos participan como personaje de una trama y que sigue una secuencia temporal, puesto que, mediante la narración se cuentan historias, así mismo acontece con nuestra experiencia diaria, siempre estamos relatando o escribiendo mediante narrativas. (2004).

De esta forma, Jerome Bruner plantea que toda narración parte de una realidad y aunque ésta sea fantasiosa tiene unos principios reales, es decir se debate entre la frontera de lo real y lo imaginario, está motivada por situaciones, experiencias,

creencias, valores, contextos, lugares, percepciones, hechos históricos. “Los relatos literarios se refieren a sucesos de un mundo real”. (2004, p.34).

Asimismo, Aleyda Gutiérrez Mavesoy afirma: “El relato se configura como la forma de organización de la experiencia por excelencia” (2008, P.2). Puesto que, permite ordenar sucesos, acontecimientos de los sujetos-personajes para construir el mundo que se propone, especificando que la narración de ficción realiza una configuración simbólica de lo real que permite diversidad, tanto de mundos como de sentidos.

Así tenemos que, las obras literarias no sólo tienen un fin estético, sino que expresan investigación desde el campo subjetivo, dicho de otra forma, las obras en el ámbito de la ficción logran dar cuenta de manera compleja que las subjetividades están constituidas en los mundos simbólicos.

Dicho lo anterior, el relato permite al sujeto investigador-creador expresar la interpretación y comprensión del mundo simbólico con la significación del otro, y que al ponerse en relación con la del lector a partir de su propia experiencia, permite generar conciencia de la realidad simbólica en la que está inmerso. Existe la posibilidad de que la lectura se convierta en un proceso creativo y constructivo de ganancia de nuevos significados y entendimiento del lugar cultural.

CAPÍTULO II

Al arrullo de la Tulpa se desenvuelve la experiencia vital del habitante gualmatence

Recorridos desde la memoria

La memoria del abuelo

Para Edmond Cross la cultura se constituye como un bien simbólico colectivo que posibilita la construcción de una memoria en común, la cual permite al sujeto cultural configurar el espacio simbólico colectivo desde la experiencia vital que implica percepciones, emociones, reflexiones, y demás dimensiones que lo constituyen. Por lo tanto, la memoria es un lugar de conocimiento de la subjetividad que me permitió construir las formas simbólicas y comprender los nuevos significados que dan sentido a la vida de los habitantes de Gualmatán, mi tierra natal.

Edmond Cross explica que la cultura nos atraviesa en cualquier momento de nuestra cotidianidad, en la experiencia del día a día. Lo que me llevó a evocar la costumbre en familia de abrigarnos alrededor del fogón, después de la cena. Recuerdo que mi hermano, yo y mis cuatro primos nos ubicábamos enfrente de la llama, en los banquitos de madera que elaboramos con mi abuelito Manuel Antonio Guerrero, a quien lo recuerdo sentado en el escaño, situado en la esquina del fogón, vestido con ruana de oveja, botas Machas llenas de parche, sombrero de paño que no dejaba ver sus *tres cabullas blancas*, como llamaba a su cabello, relatando con gran seriedad y convicción, que a las doce de la noche, mientras iba subiendo por la arboleda, de pronto salió de los matorrales la Vieja del Monte, espíritu maligno, descrito como una sombra negra en silueta de mujer. Entonces, dejó de caminar, tomó entre sus manos el escapulario y le dijo: “¡Hijueputa andante de aquí!”, y la siguió insultando una y otra vez, hasta que se perdió en la oscuridad del camino. Seguidamente, nos

explicaba que hay espíritus malignos nocturnos y diurnos que deambulan en las horas malas. A las doce de la noche aparecía La Vieja del Monte, se escuchaba los lamentos del Niño Auca que no está bautizado, la pareja de amantes llamados Los Cagones que van arrastrando sus cadenas, el 31 de octubre pasa por las calles del pueblo El Carro de la Otra Vida, un carro fantasma infernal... y a las cinco de la mañana y también de la tarde aparecían Los Duendes, espíritus malignos en forma de niños que habitan en las quebradas, entre otros. De igual modo, nos aconsejaba que portáramos siempre un rosario o un crucifijo bendecido por el sacerdote, ya que eran las contras más poderosas de protección.

La finalización de la noche de relatos era cuando “El sueño nos venía a guangos”, instante en que nos advertía que no hay que tener miedo a estos seres diabólicos en mención, porque de lo contrario nos *intundan*, prácticamente se pierde la consciencia y los sigues a las quebradas y cascadas. Recuerdo que reiteradas veces le decíamos que se inventaba historias para evitar que anduviéramos a esas horas lejos de la casa, pero como nunca admitía que fuesen falsas, el miedo nos invadía. De ahí que, al abuelo le tocaba ir a dejar a mis primos a su casa (ubicada a una cuadra de la suya), y de paso ayudarles a buscar la "mica de mear", para que no salieran al baño que estaba en el antejardín. En consecuencia, el día que nos cogía la noche en el pueblo, aligerábamos el paso por sus calles, y en el momento en que nos adentrábamos en la *alboreda* de sombras que conduce a nuestra casa, donde se escuchaba el silbido del viento, los sonidos de la quebrada, uno empezaba a imaginar todo lo que nos habían contado alrededor del fogón, por esa razón, al otro día nos tenían que llevar a donde la Tía Emilia para que nos *chupara de Espanto* con tabaco y chapil, ese licor tradicional producto de la fermentación de la caña de azúcar, que según mi abuelo Antonio, igualmente servía para curar el Mal Aire, que se les pega a los guaguas o guambras al pasar por sitios pesados, tales como el cementerio, quebradas, ciénagas, también para curar el Mal de Ánima, pues a las personas que tienen almas débiles, o mejor conocidas como personas de “la sangre

liviana se les pega el espíritu del muerto” y posteriormente sienten malestar del cuerpo y sueñan con el panteón. De igual forma, me contó que el chapil, en tiempos atrás, era el licor con el que se *chumaba* la gente gualmatence. Sin dejar de mencionar que es el ingrediente principal de la bebida tradicional llamada hervido, que comúnmente se prepara en las fiestas que se viven en Gualmatán para venderle al nativo y visitante.

En relación con lo dicho, recuerdo que el abuelo narraba las mismas leyendas regionales, pero de manera jocosa y divertida a coterráneos y a personas oriundas de otros municipios, al tiempo que brindaba sin ánimo de lucro el servicio comunitario de sobandero, conocimiento empírico aprendido de manera autodidacta, conforme a lo dicho por el abuelo. Algunas personas por cariño y gratitud llegaban con su *taleguita* de pan a pedir su servicio, otros con una gran sonrisa se despedían con un “Dios le pague”.

Cabe mencionar que, al arrullo del fogón el abuelo Antonio no sólo nos contaba leyendas regionales sino paralelamente relatos relacionados con la historia del pueblo.

El primer televisor

Un día al caer la noche mientras cenábamos una rica colada de maíz alrededor del fogón, el abuelo nos narró con gran conmoción que en los años setenta no había energía eléctrica, lo que llevó a la creación de lámparas de petróleo que alumbraban la cocina en la noche, “A luz de la lámpara, la palabra hablada se convertía en una imaginación viva en cada uno de nosotros”, decía el abuelo. Sin embargo, tiempo después, se regó la noticia por todo lado, y que también se comentó en el fogón, de que don José Vallejo del casco urbano, quien tiempo después se hizo locutor de la Emisora Verde Estéreo, adquirió una planta de luz y compró el primer televisor a blanco y negro, con la intención de ofrecer su servicio al pueblo, a cambio de un pago módico: por “un peso” miraban el programa de televisión de su preferencia: Los ricos también lloran, Los tres chiflados, Tarzán y programas de boxeo. Este hecho significó en palabras del abuelo: “Eso fue una gran novedad ¡Qué brutos¡¡Qué contentos que estábamos!”. El abuelo Antonio con sus dos hijos mayores, Juvencio y Gerardo, bajaban en la noche de la vereda el Panecillo para asistir a la transmisión de peleas de Pambelé y Rocky Valdés. Aún recuerdo sus risas describiendo aquel cuarto en el que apostaba a Pambelé un peso o un pedazo de pastel con jugo “Era llenito de gente, era una gritería por la alegría de la pelea”.

La Aparición del Señor de los Milagros, nuestro patrono

Es la leyenda que nos fue pan de cada día alrededor del fogón, en el cafecito de las dos de la tarde, en la cena o después de la misma. El abuelo Antonio nos contó con gran devoción y fe que cuando se les perdió un novillo a unos indiecitos de Pupiales (Nariño). Al día siguiente, guiados por el rastro del animal, se adentraron hacía la montaña y llegaron a la aldea que hoy es Gualmatán. Siguiendo las huellas, de pronto se encontraron, al mirar en un árbol de arrayán, la imagen crucificada de *Taitico* Dios, que hoy veneramos con el nombre del Señor de los Milagros, y al pie del árbol el novillo perdido, tranquilo, comiendo hierba.

Llenos de júbilo los indiecitos fueron a dar la grata noticia al párroco de Pupiales, quien ordenó que llevasen el crucifijo a su templo, y así lo hicieron, sin embargo, la imagen siempre regresaba a su lugar de aparición. En efecto, comprendieron que su voluntad era quedarse en Gualmatán. Posteriormente, se levantó una pequeña capilla rudimentaria. Este acontecimiento de acuerdo con mis abuelos posibilitó tiempo después la consolidación del municipio de Gualmatán.

Dicho lo anterior, para mí el abuelo Antonio era el artista de la noche que convertía la cocina en un espacio mágico y especial, seduciéndonos a nosotros, sus nietos, al escuchar las historias que él mismo había vivido o escuchado al lado del fogón. Ernest Cassirer explica que nuestro comportamiento, maneras de vivir y significar el mundo son actividades simbólicas que el sujeto cultural transmite en la cotidianidad.

Así tenemos que, la memoria me permitió como investigadora y parte de una cultura, llevar a cabo un proceso de identificación y reconocimiento de aquello que me constituye, puesto que aquella experiencia que creí cotidiana y que guardé en mi memoria como el tesoro más valioso de mi infancia y mi adolescencia, desde la perspectiva de Ernest Cassirer sería una práctica simbólica que llamaré Tulpa, nombre que le dan en mi pueblo a la práctica de

contar historias alrededor del fogón y que da sentido a la experiencia del habitante de Gualmatán.

Ahora bien, para identificar, comprender y contrastar los nuevos sentidos de las prácticas simbólicas en relación con los que otorga la memoria, fue necesario ampliar mi subjetividad desde la significación de otros sujetos para llegar a lo que Edmond Cross llama sujeto cultural, definido por este teórico como la instancia que integra el pensamiento colectivo de una comunidad, en este caso de los habitantes de Gualmatán.

EL PRIMER VIAJE DE RETORNO A CASA

La experiencia presente

En primera instancia, quiero resaltar que en los siete años que he vivido en la ciudad de Popayán, siempre se ha manifestado en mí la necesidad de retorno a mi patria chica, al recordar la dulce acogida de mi gente que me hace sentir que nunca me he ido. Dicho esto, viaje a Gualmatán como investigadora el veintiocho de noviembre del 2022 por una estadía de un mes y medio. Recuerdo que experimenté nuevas emociones al encaminarme en la búsqueda de una experiencia de investigación que posiblemente marcaría mi vida y la relación con mi cultura.

En el fogón se vive el chisme

Después de ocho horas de viaje, ya me encontraba en mi casa, ubicada en las afueras de Gualmatán. Recuerdo que al entrar a la cocina los ojos de mi alma buscaron aquel artista de la noche que ya residía en el cielo, pero sólo vieron los últimos suspiros del viejo fogón que en el silencio y la soledad se apagaba, entonces sentí un frío en mi interior. Luego con mi madre y hermano el lugar fue tomando un aire cálido, pues con mi hermano empezábamos a avivar el fuego con hojas de eucalipto, mientras mi madre me servía la colada de maíz que la abuelita había preparado. Ya sentados alrededor de la lumbre conversamos de cómo estuvo mi viaje, después mi mamá comenzó a contar que se había muerto el joven Julio Hernán Chamorro. Dicho acontecimiento me afectó a pesar de que no lo conocía, en tal caso, recordé el dicho de mi pueblo: “Lo que le pasa a un paisano en el pueblo, nos pasa a todos”. Como me invadía la curiosidad, con la mirada puesta en los ojos de mi madre, dije: “Yo no doy razón de quién es”, con la intención de que me recordara el rostro del difunto, con el apellido, apodo o barrio donde vivía como era usual, pero con expresión de desconcierto y con un tono molesto me dijo: “No pareces de aquí, cómo no vas a conocer, si es el locutor de la emisora Verde Estéreo desde hace años”. Palabras que me hicieron sentir culpable y apenada, ya que en el pueblo nos conocemos entre todos. Y continuó comentando: “Dicen que murió por una enfermedad terminal, otros dicen que no, al fin ni se sabe, el todo es que se murió y se fue solterón”. De pronto, mi hermano al cual creí disperso de la charla desde el momento en que se concentró en su celular, dijo: “También dicen que su 'dizque' taita nunca lo ayudó, unos dicen una cosa, otros otra”. Lo que deja en evidencia lo que dice Cross que al hablar somos una voz colectiva. Después de reflexionar sobre la muerte, mi madre me actualizó con los chismes del pueblo. Luego nos despedimos, no sin antes pedir la bendición a nuestra madre.

Un cafecito

Me desperté a las seis de la mañana en mi antiguo cuarto, ubicado cerca de la carretera, con el ruido de la lechera, con las voces del jornalero que se dirigía a su lugar de trabajo, y con el ruido de las ollas en la cocina. Lo que significaba que había comenzado un día cotidiano en Gualmatán, y era hora de levantarse a realizar una serie de *mandados* asignados por mi madre, entre ellos, ayudar a cocinar a mi abuelita de ochenta años, coger hierba y sacar el abono de los cuyes. Lo que me recordó al abuelo diciendo: “Es pecado robarle el día a Dios”, “A los que de aquí no nos gusta la gente vaga”. De acuerdo con Ernest Cassirer el sujeto manifiesta cultura y se significa a través de las formas simbólicas que lo constituyen, rigen y condicionan en su totalidad.

Cuando entré a la cocina me encontré una imagen nostálgica y admirable a la vez, la abuela vestida con chalina de lana y falda de paño que dejaba ver su *cunche de lana* de oveja, se movía más lento, pero con el mismo afán rompía la nube de humo. De pronto cogió una olla con agarradera y empezó a destilar cafecito. Poco a poco el aroma a café recién hecho invadió el lugar. “Buenos días abuelita, bendígame”, le dije al tiempo que le di un abrazo. Me respondió: “Dios la bendiga, hija, venga a tomar el cafecito, que bueno que no se ha olvidado de los suyos y de su tierrita”. Dios le pagué abuelita, le dije sentándome al frente de la llama que hacía burbujear el agua de la olla. Lo expresado por la abuela me hizo sentir que sigo siendo parte de la comunidad.

En un momento, la abuelita me pasó la olla para que continuara haciendo su quehacer, diciendo a modo de consejo: “Lo primerito es el cafecito, hija, porque nunca falta la visita que llega por cualquier cosa, y queda mal no dar nada” y continuó: “Al alba ya estoy colocando el agua para el café de todo el día”. Aquellas palabras me concientizaron de la carga significativa que tiene la acción de brindar un cafecito en mi cultura. Por consiguiente,

le pregunté: ¿Usted siempre ha recibido a las visitas con un cafecito? Respondió: “Es costumbre de los de adelante, toda la vida ha sido así, el cafecito es infaltable”, y finalizó diciendo: “Un cafecito no se le niega a nadie y antes te ganas las indulgencias para ir al cielo”, frase que había escuchado a otras mujeres de mi tierra. Ese día me contó que hace mucho tiempo se brindaba el café como primer plato de entrada en la celebración de la primera comunión, ahí recordé que también en velorios y fiestas religiosas se acostumbra a dar café.

En días posteriores con la intención de ampliar mi perspectiva sobre esta tradición simbólica, fui a la casa de mis vecinas, quienes no dudaron en invitarme a su cocina con la frase de siempre: “Siga para acasito, venga a tomarse un cafecito”, que me hizo sentir querida y acogida. Ahí fui consciente del uso del diminutivo y su vínculo de cariño que lo acompaña, y de cómo esa práctica permitía crear confianza y empatía, ya que al instante nos sentamos alrededor del fogón, con café en mano, a ponernos al día con todos los acontecimientos del pueblo.

En aquellas visitas trajimos de la memoria una de las experiencias más significativas en familia, la realización del café artesanal, que en consonancia con mis coterráneos es una tradición muy antigua. Recordamos que lo primero que se hacía era poner sobre un costal las habas y las arvejas a secarse al sol, por aproximadamente quince días, luego se concretaba en familia el día en que se iba tostar dichos productos en la callada de barro al fuego del fogón. Prácticamente durante dos horas se tenía que menear con un palo de madera las habas y después las arvejas que de igual modo requerían de dos horas, para conseguir un color colorado y textura crujiente. Al otro día se mezclaban estos granos tostados con el grano de café, previamente adquirido a través de mercaderes del clima cálido que lo intercambiaban por cuyes o gallinas comunes. Luego, en un morral de costal se llevaban los granos a moler al único molino del pueblo, el de los Morillos, que aún está vigente.

El recordar esta vivencia, nos trajo a la memoria la armoniosa convivencia que existía en la familia. Acto seguido, me puse a reflexionar sobre cómo esta tradición en vía de extinción lograba crear un espacio de conversaciones amenas, en donde nunca falta un buen consejo, un regaño, una muestra de amor, y por supuesto un chisme. Desde Ernst Cassirer tenemos que, las prácticas culturales son construcciones simbólicas que están en constante transformación y otras tienden a desaparecer.

Ser mujer en mi cultura, según la abuela

La abuela en diferentes momentos de la cotidianidad me decía: “Deja de ser *piscuda*, *bámbara* y aprende a cocinar para que el marido no te bote”, “Sólo las mujeres de verdad sabemos cocinar morocho de maíz, tortillas en callana, colada de maíz ...”, comidas tradicionales de mi región. Lo que me llevó a querer conocer el contexto donde esa forma de ser y estar en el mundo tenía sentido. Por esa razón, compartí con la abuela el mayor tiempo posible de su vida cotidiana, que se desarrolla en la cocina, para que me relatará sus experiencias. Ella me narró que cuando reprobó el primer grado, su padre la sacó de la escuela y la puso a tejer en casa, pero nunca la dejó incursionar en los quehaceres de la cocina, a los que se dedicaba su madre. Para la abuela este “adulo” se debía a que era la única hija. Privilegio que en un futuro le costó muy caro. “Cuando me casé no sabía hacer nada, por ello, la mamá de tu abuelo, doña Mercedes, me decía: ¡Piscuda!, qué no te enseñaron a ser mujer“, y continuó: “Yo sólo lloraba, cuando con reproches me tiraba la comida en la cara”. En días siguientes me relató otras experiencias, que para mí eran dolorosas y demostraban su nivel de aguante. Un día le pregunté si el abuelo aprobaba la actitud que mantenía doña Mercedes con ella. Me respondió que para él su madre era lo más sagrado del mundo, por tal razón hacía al pie de la letra lo que ella le aconsejaba y ordenaba: “Nunca vas a lavar tu ropa, tampoco vas a tender camas, ni mucho menos vas a cocinar, pa’ eso tenes mujer”. Pero, lo que más me asombró es que mi abuela no le guardaba rencor alguno sino al contrario la admiraba. “La mamá de su abuelo Antonio, que era mujer de las mujeres me enseñó a ser mujer, pues no hubo plato de los de antes que le quedara grande”, dijo.

Un domingo cocinando en el fogón la sopa típica de la abuela llamada Locro, que tiene como principales productos: la calabaza, habas, ollucos, papa blanca y amarilla, me comentó que ese plato le enseñó su suegra “Gracias a mi suegra me defiendo en la cocina y

en la vida”, dijo. En ese momento comprendí que incluso la abuelita se sentía agradecida con doña Mercedes, por haberle enseñado dicho conocimiento gastronómico. Por lo tanto, aplica el pensamiento de Bruner, de que nuestra forma de ver y comprender el mundo es a partir de nuestra experiencia vital. Ampliando lo anterior, Ernst Cassirer expone que los sujetos naturalizamos formas de ser simbólicas de nuestro contexto y nos significamos a través de ellas. En este sentido, tenemos que, las prácticas culturales implican a los hombres y a las mujeres, pues hay un lugar de la subjetividad que hace posible compartir esta realidad.

En las posteriores conversaciones cotidianas en el arrullo del fogón, me enteré de que había aumentado el número de mujeres en el trabajo del cultivo de la papa, lo que me asombró, ya que existía el imaginario de que ese trabajo era para el hombre, por su gran requerimiento de esfuerzo físico, y el trabajo de la arveja para la mujer. “Ahora los hombres y mujeres trabajan a la par, por eso ya nadie manda en la casa”, “A las mujeres de hoy les fatiga y les hace feo quedarse en la casa, ya que no sólo se distraen en el trabajo, sino que ganan el pan de cada día”, dijeron las mujeres de mi cultura. Mi tío presente en aquellas charlas expresó: “Las mujeres de ahora son berracas para trabajar, echadas pá lante” y continuó: “Actualmente hay muchas madres cabeza de familia que sacan a sus hijos adelante con el trabajo de campo y tiempos atrás eso no se veía”. Lo anterior, me permitió reflexionar que la construcción simbólica de ser mujer ha estado en constante transformación en mi pueblo, y que sin saberlo hice parte de este proceso cuando de adolescente trabajé en la arveja, experiencia que me permitió ver otras formas de vida para la mujer, distintas a la cocina.

La Tulpa en mi cocina

Con la intención de que a través de la Tulpa mis compañeros de colegio me compartieran relatos contados al lado del fogón, los invité a mi casa con la siguiente frase “Los espero en la nochecita, para que compartan conmigo algún relato escuchado al lado del fogón”. Ellos comentaron: “¡Qué chévere!, vamos a hacer una especie de Tulpa”. Lo que evidenciaba que reconocían esta tradición simbólica.

A las siete de la noche con mis coterráneos ensamblamos el fogón con rajas de leña y hojas secas de eucalipto, que recogí con la abuelita bajo los árboles, el día anterior. Cuando teníamos ante nuestros ojos una enorme llama que danzaba con gran fuerza, nos sentamos a calentarnos las manos y los pies. Al instante colocamos asar carne en la primera hornilla y choclos en las brasas del fogón. Cristian sugirió: “Desconectémonos del celular para hablar bien bonito”, petición que fue aceptada sin ningún problema por los presentes en esa noche. De esta manera, se puso el tema de la tecnología en reflexión. Empezamos comentando que en la actualidad todo mundo tiene celular, desde la más guagua hasta el más grande, y que en cada hogar gualmatence hay internet. Recordando que antes, sólo las familias más ricas en un principio compraban radio, luego se volvió común y normal, posteriormente pasó lo mismo con el televisor, el celular, el computador y ahora con el internet. Todos recordamos que la llegada de la tecnología a nuestras manos fue en la etapa de la adolescencia. Cristian comentó que desde que tuvo el primer celular lo único que le ha importado es que tenga buen sonido y vasta memoria para escuchar música, “A mí no me gusta chatear, no me trama eso del Whatsapp, de hablar así”, dijo. Y continuó: “A mí me ha gustado siempre ir a las casas de las personas a charlar al calor del fuego, en cambio las nuevas generaciones que vienen con celular incluido se les da bien el nuevo medio de comunicación, es el cambio generacional que a todos nos toca, aunque yo no me acoplo”.

Después contó que había observado en plena misa a una madre pasarle el celular a su hijo, para que no moleste. Lo que nos recordó aquellas miradas de nuestras madres suficientes para dejarnos inmóviles. Sin dejar de hacer mención, que análogamente a los bebés les colocaban videos para que no llorasen. Lo que nos recordó como nosotros nos entretuvimos comiendo tierra, sacando las cenizas del fogón, mirando cuyes y gallinas en vivo y en directo, y si llorábamos nadie nos hacía caso, y si lo hacían era para darnos una *juetiza* que era santo remedio. “Cansado de llorar, uno mismo se secaba las lágrimas y los mocos, y seguía jugando”, dijo Alirio. Después de compartir más vivencias de cuando éramos niños empezaron los relatos.

El fogón de mis coterráneos

Alirio Chávez contó que cuando él y sus dos hermanos iban a la casa de su abuelo materno, después de la cena, él se dirigía a la cocina de fogón, se ubicaba en su banco de madera y en el momento que empezaba a dar palmadas a sus piernas les decía: “¡Vengan mis hijos!, súbanse en el caballo”, que eran sus dos piernas. Una vez *changados*, el abuelo movía las piernas para simular el movimiento de un caballo real. Como eran tres nietos se turnaban. Cada vez que su abuelo expresaba: “Hoy vamos a contar de miedo”, lo que significaba escuchar alguna leyenda regional, esa noche se quedaban en su casa.

A continuación, compartió otra experiencia relatada por su abuelo al lado del fogón. La primera vez que les compraron zapatos de caucho a él y a sus hermanos fue en la primera comunión, “Éramos contentísimos con nuestros zapatos”, decía Alirio que le contaba su abuelo. Zapatos que sólo era permitido usar el domingo para ir a misa y el resto de los días de la semana se quedaban guardados como una reliquia. A la escuela los mandaban con alpargatas de cabuya, y sagradamente todos los sábados, a las cinco de la mañana, los hombres de la casa caminaban a *pie limpio* durante dos horas hacia los frailejones, para traer de allá *guangos* de leña. A las siete de la mañana de ese mismo día, ya se hallaban nuevamente en casa, tomando el cafecito hecho por las mujeres del hogar, con la mitad del pan o tortilla, siempre a la mitad porque no alcanzaba para más. Por último, Alirio recordó con una gran sonrisa las siguientes palabras de su abuelo: “Qué tonticos mis papitos, al final sólo usábamos los zapatos tres veces y se quedaban enteritos, entonces todos éramos unas lloradas, porque pensábamos que los zapatos se nos hicieron chiquitos”.

A continuación, Cristian Mueses inició diciendo que son mayores los que utilizaban más el fogón, en su caso sus abuelos maternos que viven en el municipio de Guaitarilla (Nariño), quienes aún se levantan en la madrugada a prender el fogón y así lo mantienen

durante todo el día. Cristian aclara que después de la cena se reúne toda la familia alrededor del fuego a conversar del día cotidiano, de las anécdotas del pasado, y a asar uchucas en forma de brochetas en las brasas del fogón. En uno de esos momentos su abuelo le dijo: “Cuando era guagua mi mamita me sabía dar uchucas asadas para que aprendiera hablar bonito, porque no podía articular bien las palabras”. Para Cristian esta práctica era algo cotidiano en la vida de su abuelo y la fue inculcando inconscientemente a sus hijos y nietos, incluso a él. Cristian dijo: "Poco a poco le fui cogiendo el gusto, hasta que se fue convirtiendo en algo significativo para mí, pues cada vez que veo un fogón me acuerdo de él y me dan ganas de asar uvillas".

Por último, Cristian expresó que de niño sentía fascinación por los fogones, puesto que le gustaba quemar cosas de caucho para mirar el fuego cromático y coger del fogón las ramas de eucalipto con candela en la punta, para moverlas en la oscuridad de la noche, imaginando que eran luciérnagas.

Es así que, a través de la práctica simbólica de la Tulpa, compartimos relatos relacionales de nuestro pueblo, esa memoria simbólica que nos une a todos los gualmatences, y cuya existencia sólo es posible, retomando a Cross, porque compartimos un lugar cultural.

Más adelante les pregunté a mis coterráneos, ¿Qué sintieron al recordar los relatos? Cristian respondió: “Lo que uno siente es subjetivo y varía de persona a persona, dependiendo de la experiencia, en mi caso desde una mirada adulta el fogón me da una sensación de nostalgia, porque es un encuentro para conectarse con nuestros ancestros, recordar el pasado de uno y las historias que nos contaban a la luz del fogón”, y continuó diciendo que para él, el fogón es un canal de comunicación entre la familia, no sólo en el tiempo presente, sino a través del tiempo como sucede con el día de los muertos en México. “Allá se sientan alrededor de la tumba de los muertos y se ponen a comer, a contar anécdotas de los que ya se fueron, lo mismo pasa en Gualmatán con la Tulpa”, dijo.

Por otro lado, Alirio nos comentó que el fogón es un encuentro con la memoria, pero además le recuerda la armonía, integración y unión familiar que existían antes, puesto que nos contó que su familia se separó y que su abuelo hace mucho tiempo que dejó de relatar “Esos buenos momentos ya pasaron y se los aprecia más ahora”, dijo con un tono nostálgico. Alirio finalizó recalcando que la Tulpa lo fue arraigando a lo propio, haciendo alusión a lo que singulariza a cada cultura, mencionó como ejemplo, el desfile histórico y cultural que se realiza cada año en Gualmatán.

En ese momento todos convenimos que fuimos la última generación que tuvo el privilegio de escuchar este tipo de conocimiento cultural a través de la Tulpa, puesto que nuestros abuelos, a los que llamamos comúnmente Mayores, se estaban muriendo y consigo las vivencias que recordábamos al lado del fogón. Como sucedió en mi familia con la muerte de mi abuelo. Lo anterior, nos llevó a recordar el silencio que se guardaba cuando relataba la persona mayor, la de la experiencia. Alirio manifestó que en la Tulpa se miraba una especie de jerarquía, donde las personas más influyentes o con más voz eran claramente los abuelos.

Al instante Cristian dijo: “La Tulpa de antes ya murió, pues el tipo de comunicación que se lleva al fogón ha ido cambiando con el tiempo y más con el avance de la tecnología”. Todos aprobamos lo dicho al coincidir que hoy la gente es más globalizada, por ende, resulta más llamativo lo que sucede fuera de la región. Subrayando que inconscientemente vamos adoptando cosas de otras culturas. Cristian insistió: “Más las nuevas generaciones que no vivenciaron lo propio”, haciendo alusión a las costumbres que hacen parte de nuestra cotidianidad.

Después de intentar rescatar la Tulpa que vivenciamos con nuestros abuelos, platicamos sobre temas en relación con nuestra experiencia actual, como en otras ocasiones. Posteriormente, a las tres de la mañana apagamos el fogón, y les agradecí por su tiempo con un “Dios les pague” que se convirtió en una sonrisa de despedida. Esa noche me acosté

emocionada, porque con mis coterráneos recordamos y compartimos algo significativo que nos era común.

La Tulpa en el pueblo

Días después, recordé que había asistido a otra experiencia de la Tulpa en el casco urbano. En esta ocasión contaré la última vivencia del año pasado, que se realizó a finales de diciembre, época donde muchos coterráneos llegan de la ciudad. Recuerdo que a las siete de la noche jóvenes y adolescentes llegamos a la casa del Oso “por el hervidito”, bebida tradicional que por lo general la hace el anfitrión de la casa. Se trata de una infusión de frutas de lulo con canela, anís estrellado, jugo de limones y el ingrediente principal, el destilado de chapil que se echa al final de la preparación. Compartimos esta bebida caliente pa’ el frío al calor de la llama, al tiempo que Yan Paul nos endulzó el oído con vallenatos y después el nieto de doña Rosa Martínez con los ritmos de Reggae, Hip-Hop y Rap. Más tarde, ya sólo tomando puro chapil recochábamos con anécdotas compartidas, echamos chistes y trajimos al fogón la discusión de todo tipo de temas. Según Ernest Cassirer, las relaciones de los sujetos con las tradiciones simbólicas cambian, puesto que el mundo simbólico que compartimos no es inmóvil, sino que está en constante transformación. De esta forma, comprendí que la Tulpa se había transformado, puesto que con mis coterráneos recordábamos que tenía una carga simbólica diferente a la que hoy le otorgamos.

Ahora bien, en la búsqueda por conocer más mi universo simbólico, decidí dialogar con mi coterránea y prima Eliana Maricela Chamorro. Una tarde llegué a su casa con una *taleguita* de pan con la intención de compartir un café y de paso escuchar algunos relatos desde su memoria.

El Mal de Vieja

Eliana relató que cuando era niña frecuentemente se iba a quedar a la casa de sus abuelos paternos, ubicada en el casco urbano. Una noche mientras su abuela preparaba la cena en el fogón, su abuelo le contó que ellos tuvieron una hija que se llamaba Meibis, simpática y única mujercita entre los tres varones, la cual alrededor de los cinco años, empezó a enfermar, pues no quería comer y se la pasaba solo durmiendo. Por eso, sus abuelos preocupados la llevaron a donde todos los curanderos de la región para ver si la guagua tenía Mal de aire, de Ánima o estaba espantada, pero nadie les dio razón. Posteriormente, se desplazaron a Pupiales en busca del único “médico estudiado” que había en la región, ya que en ese tiempo no existían puestos de salud y tocaba viajar hasta Ecuador para la atención médica.

Este médico la examinó, la tuvo ocho días en observación, pero no le encontró absolutamente nada, así que regresaron tristes y preocupados nuevamente a casa. Luego, decidieron ir en busca de un cura para que la bautizara y le diera los santos óleos, porque pensaban que se iba a morir “Estaba flaquita, flaquita, tenía los ojos hundidos y negros por los lados”, habían dicho sus abuelos. Después de llevar a cabo este ritual religioso la niña mejoró unos días, pero luego empezó a estar sólo en el fogón, en donde hacía “rechinar sus dientes”.

Un día a medianoche sus abuelos encontraron a Meibis en el fogón comiendo carbón, situación que los desesperó, por ello cuando llegó a sus oídos los rumores de un nuevo curandero en el pueblo, no dudaron en llevarla. Él cual, apenas mirándola, expresó: “Ya es muy tarde, la niña tiene Mal de Vieja y le está comiendo el corazón, ya no se puede hacer nada para curarla”. A los tres días de este suceso, Meibis murió. Finalizado Eliana el relato,

comentó que sus abuelos fueron regañados por otras personas del pueblo, por el hecho de haber llevado a la niña Meibis en una de las horas malas y sin bautizar a buscar leña a ese “monte pesado” de don Luis, y de paso dejarla en una choza sin protección: una ruda, un cigarrillo o un escapulario bendito. Mientras Eliana contaba, recordé que en el imaginario de Gualmatán habitan espíritus malignos en ciertos lugares del pueblo.

Posteriormente, mi coterránea comentó que, hasta hoy la gente del pueblo, incluida ella, utilizan estos secretos de los mayores en los velorios, al pasar por la entrada del cementerio, por las quebradas y en sitios pesados durante la noche. “A mis nenes antes de salir lo primerito que les pongo es la ruda, de lo contrario no salimos a ningún lado”, dijo con total convicción.

A continuación, le pregunté: ¿Qué sintió al recordar esta historia? Respondió que le generó nostalgia, ya que si su tía Meibis estuviese viva cuidaría a sus padres. Por otro lado, mencionó que recordó el miedo que de niña sentía al escuchar leyendas “Uno se imaginaba que iba a llegar la vieja a la teja de la casa, por eso me tapa con la cobija y empuñaba mi escapulario bendito”, dijo riendo. Este relato me causó demasiado miedo y esto se debía a que como soy parte de la cultura creo en los imaginarios simbólicos que me constituyen.

Los viajes a Barbacoas

Eliana relató que cuando iba a visitar a sus abuelos maternos en la vereda el panecillo, al llegar la tarde era común escuchar al calor del fogón sus historias y anécdotas, como, por ejemplo: La guerra de mil días, las parábolas de Jesús, relatos del intercambio de productos en otros municipios, de estas últimas la que más recordaba era el viaje a Barbacoas. El abuelo le contó que, llegados los tiempos de cosecha de papa, habas, ollucos, entre otros productos nativos de la región, él junto a otros coterráneos alistaban los caballos y la carga para viajar por trocha hacía a los municipios de Altaquer, Junín y Barbacoas, zonas de clima caliente, ubicadas en el pacífico nariñense. Esta travesía tenía una duración de aproximadamente quince días, la cual iniciaba rumbo al corregimiento de Monopamba, donde hacían su primera parada en casas de albergues, allí comían su avío, el cual estaba integrado por comida hecha en casa: alfajores, aco de maíz, habas tostadas, entre otros. A la mañana siguiente, con la bendición de Dios seguían su viaje y descansaban en los paraderos. Cuando encontraban con quien cambiar sus productos por plátano verde, caña de azúcar, panela, ... se regresaban desde Altaquer o Junín, de lo contrario llegaban hasta el caserío más grande que era Barbacoas. De esta manera alimentaban a sus familias. Enseguida, Eliana expresó entre risas que lo más gracioso de la historia, era que el abuelo le decía que en aquellas travesías a Barbacoas se encontró con Simón Bolívar, quien le ayudó a herrar su caballo.

Después mi coterráneo expresó que las historias que contaban los mayores alrededor del fogón eran llamativas e interesantes por la forma jocosa y divertida como se contaban, tanto que hacían perder la noción del tiempo. Al instante, anunció: “Este relato muestra los fuertes lazos de hermandad que existieron entre los pueblos vecinos de esa época”, enfatizando que todo este conocimiento se estaba perdiendo por la construcción de

cocinas modernas, donde ya no hay fogón, “Que triste es mirar que la globalización y la nueva era de la tecnología va dejando en el olvido las bellas costumbres que se vivían en cada familia”. Por último, dijo que todas las historias transmitidas de manera generacional por nuestros abuelos a través de la Tulpa fueron sucesos vividos y no historias inventadas o ficticias.

La tradición de cuy

En mi casa, durante la fiesta del Señor de los Milagros, acostumbrábamos a asar a palo el cuy, que ahora se hace en asadores industriales. Lo que me recordó que este plato está presente en todos los eventos culturales y que la gente Gualmatence lo ofrece con orgullo al nativo y visitante. De esta forma reconocí que el cuy es una práctica simbólica en mi cultura.

El segundo viaje de retorno a casa

Mis expectativas

Regrese a mi pueblo después de cuatro meses, aprovechando las vacaciones de la Universidad, todavía con los relatos frescos de mis coterráneos, y con ganas de ampliar el conocimiento sobre el universo simbólico de Gualmatán.

El mejor plato que podemos ofrecer

En una tarde fría, estuve en la sala de una casa moderna con don Jorge Antonio Quiroz, uno de los fundadores del desfile histórico y cultural de Gualmatán, recordando aquellas épocas de cuando se asaba al palo el cuy en el fogón “Entretanto se asaban los cuyes, chanza viene y chanza va, ahí es donde surgieron las coplas hacia el cuy, y se empieza a circundar la noticia de sus poderes afrodisíacos”, dijo don Jorge. Ese día concordamos que el cuy fue otro punto de encuentro en la Tulpa que permitió la comunicación y unión familiar.

Días posteriores, en una pequeña casa campesina me recibió con gran amabilidad el poeta, autor del himno de mi colegio San José, don Valmiro Quiroz, junto a su esposa Teresa de Jesús Vallejo, quienes me acogieron aún más, cuando les comenté que era nieta de don Antonio Enríquez. De esta forma, entramos en confianza y escuché de sus voces suaves aquellas experiencias compartidas con mi abuelo en su juventud, las que escuché con nostalgia. De pronto, cuando chillaron los cuyes, y la señora de la casa les fue a dar hierba, recordé que, desde la perspectiva de Rosana Guber, los sujetos significamos el mundo al tiempo que hacemos la acción. Entonces, les pregunté si actualmente era más rentable vender cuyes. Ellos me respondieron que sí, pero que hay que tener cuidado con “el mal ojo” de la gente, pues hay personas que tienen mala energía y hacen que los cuyes se mueran, y de este modo llegué a la siguiente pregunta: ¿Qué representa el cuy para nosotros? Respondieron con las mismas palabras de otros coterráneos, que el cuy es el mejor plato típico de nuestra gastronomía y que representa todo lo que somos, personas bondadosas, trabajadoras.

Al igual remarcaron que cuando algún paisano querido y admirado viene de la ciudad se le da cuy para quedar “bien portado”, “Con el cuy se queda bien, donde quiera y como

quiera”. Por tal razón, el rechazo de este plato es la peor ofensa que se le puede hacer a un gualmatence. Después de esta conversación comprendí por qué cada vez que venía a mi tierra la gente le preguntaba a mi madre si ya me había dado “cuycito”.

En otro momento, el coterráneo Hernán Coral amplió la perspectiva de tradición simbólica del cuy con las siguientes creencias curativas: La sopa de cuy es buena para el fortalecimiento de la matriz de la mujer que ha tenido un aborto y quiere volver a embarazarse y también cura el daño de estómago. “Mi madre me explicó lo bendito que es el cuy, depende de la fe y de lo que uno cree y hace creer a los demás, para que la fe lo salve o lo condene”, comentó. Lo que me devela que los sujetos vamos transmitiendo conocimiento cultural de generación en generación.

Boquita qué querés

Un domingo lluvioso estuve tomando cafecito al calor del fogón con mujeres de diversas edades, momento que aproveché para ampliar el conocimiento de lo que significa ser mujer en Gualmatán. Abrí la conversación con el siguiente interrogante que me incluía: ¿No somos mujeres las que no sabemos preparar un cuy? Las abuelas asintieron la cabeza en forma de aprobación, opinando que las mujeres debíamos saberlo y hacerlo todo. Edith Enríquez de treinta años, con un tono de resignación expresó: “Uno ya sabe lo que tiene que hacer de mujer, hacer todo, y si es posible darle todo al hombre en la boquita”. Al instante, me miró a los ojos y dijo: “Cuando has mirado aquí a los hombres lavando platos”, yo le respondí que en mi casa tampoco lo hacían. En ese momento su madre, doña Charo, intervino diciendo: “Tú papá si me ayuda de vez en cuando a barrer, a sacar el abono de los cuyes...”. “Pero sólo él”, respondió Edith, con un tono de rabia. Esa tarde las presentes concertamos que es raro que el hombre no sea machista, entendiendo por este término que el hombre se aprovecha de la mujer y no le ayuda en nada. En otras pláticas con mujeres que ejercían un cargo público, me dijeron que la perspectiva de ser mujer depende del entorno social y cultural en que se desenvuelve su vida, correspondiendo que la mujer gualmatence de hoy, busca la independencia de esposo, pero sin perder el sentido familiar, haciendo referencia a las responsabilidades como madre y esposa. Lo que dejó entrever que reconocían la existencia de diferentes formas de ser mujer, pero naturalizaron la que asumen.

¿Qué es lo que normalmente se le ofrece a una visita?

Realice la anterior pregunta a mis coterráneos para conocer y comprender más la carga significativa de la tradición simbólica del café tiene en Gualmatán. Todos estuvieron de acuerdo de que es tradición cuando alguien llega a la casa de visita brindarle el cafecito, como muestra de cortesía, respeto, afecto, cariño y generosidad. Aquella persona que no tiene esta virtud de bondad da la impresión de que es una persona tacaña, miserable, y que “no vale”. Asimismo, se concretó que el cafecito sigue siendo un punto de encuentro en la Tulpa que permite la unión familiar y las conversaciones gratas.

Así tenemos que, a través de la recopilación de relatos desde la memoria y a partir de la experiencia presente, fue posible reconstruir la tradición colectiva llamada Tulpa, espacio que da lugar a otras prácticas simbólicas que amplían la experiencia de los habitantes de Gualmatán. Ernest plantea que somos animales simbólicos, pues hemos desarrollado formas de vivir distintas que tienen un sentido, una razón de ser, que nos diferencia del resto de organismos vivos, de ahí que para el autor una actividad simbólica es toda aquella actividad humana que le da sentido a la experiencia vital del sujeto.

El origen de la Tulpa

Busqué a los más grandes sabios de mi pueblo, nuestros mayores, y abrí la conversación con el siguiente interrogante: ¿Desde cuándo se habló de Tulpa? Los abuelos me contaron que se le llamaba “tres tulpas” a tres piedras planas que se enterraban en el piso de la cocina para realizar la base del fogón, en las cuales colocaban el pondo o la olla de barro para cocer los alimentos. Recordaron que en la noche a la luz de la vela se reunían toda la familia a cenar en silencio alrededor de las tres tulpas, después rezaban el Santo Rosario y a continuación empezaba la tertulia, “Ahí nació todo el conocimiento regional, el cuento, las coplas, leyendas...”, “Ahí nació lo que hoy conocemos como Tulpa”, dijeron. Asimismo, resaltaron que cuando llegó la luz, hubo un cortocircuito en nuestra cultura, ya que la Tulpa fue reemplazada por el televisor, y se llevó consigo la familia fuerte y unida que se forjó en el fogón “Ahora el abuelo se queda sólo al calor de la llama, pues ya nadie está para escuchar a viejos”.

Lo que me enseñó el encuentro con mi yo cultural

Retornar como investigador a la cotidianidad de mis coterráneos que un día fue la mía, me permitió reconocer al sujeto cultural que soy, y comprender la complejidad del mundo simbólico que significa la cultura de Gualmatán. Según Edmond Cross, la cultura se constituye como un tejido vivencial que nos define y nos transforma, tal como se evidencia en las siguientes expresiones de mis coterráneos “Somos hijos creyentes en Dios y la Virgen Santísima”, “Somos memoria vida de nuestros antepasados”, y para mí como investigadora y parte de la cultura, somos lo que hacemos y expresamos en comunidad.

CAPÍTULO III

Relatos: El regreso simbólico a casa

A continuación, daré a conocer el resultado de la investigación realizada desde el mes de noviembre del año 2022, en mi tierra natal Gualmatán, con el fin de mostrar el universo simbólico que me constituye como sujeto cultural y contrastar las significaciones de la memoria y la experiencia presente. Dicho resultado está representado por mi propia creación literaria a través de seis relatos, cada uno de ellos refleja las diferentes situaciones culturales y vitales que se desenvuelven en la práctica cultural que llamamos Tulpa.

Espero que disfrute de la imaginación y la creatividad de los relatos y logre conectar literariamente con las experiencias vividas y narradas en el presente trabajo de investigación.

Vení, vení, no te espantarás

Era otra de tantas noches con mis primos sentados alrededor de la lumbre que calienta del tremendo frío de la vieja y ahumada cocina, escuchando las historias del varón de varones que no le teme a ningún espíritu maligno, el abuelo, quien acomodó su postura, puso mirada firme y seria, y con un tono de voz fuerte empezó a relatar: “A las tres de la mañana yo iba bajando montado en mi caballo con carga, rumbo a Ipiales a intercambiar productos al mercado, de pronto el caballo empezó relinchar y a retroceder, en segundos se paró en dos patas y cuando alcé la mirada vi a La Vieja del Monte sentada en el bordo del potrero de don Luis, ahí mismito, me encomendé a Dios y tomé el escapulario que rodeaba mi cuello y con enojo le dije: ¡Hijueputa andate de aquí! y la seguí insultando una y otra vez, hasta que se perdió en la oscuridad de los matorrales de la Zanja”. Yo quería que el abuelo siguiera contando del Niño Auca, cuyos lloridos escalofriantes y lastimeros piden que lo hagan bautizar y lo salven de ser un alma en pena, o de La Viuda que persigue a los borrachos y parranderos a altas horas de la noche por andar enmozaos, dizque los intunda y los lleva a las quebradas. El todo era que alargara la noche con cualquier relato para que mis primos se cagaran de miedo. Me imaginé que de seguro al día siguiente su mamá, doña Charo, los tendría que llevar a donde la tía Emilia, mujer chiquita, de tez canela y de ojos maternales, para que los chupen de espanto, los sacuda boca abajo de las patas y les eche su buena sopleteada con destilado de chapil y tabaco, diciéndoles: “Vení, vení, no te espamatarás”, y además según dicen, tienen que aguantar ese horrible dolor cuando le soba las verijas con chapil. Yo soy el único que no me agüevo ¡Yo sí soy varón!, y el abuelo lo sabe, por eso lo acompañé a dejar a mis primos a su casa que queda a pocos metros de la suya, y me da risa que si fuera por ellos nos ponen a dormir al cucho de la cama y nos mandan a traerles la mica para no salir a mear al antejardín.

Un día mi madre me pidió que le hiciera una serie de mandados en el pueblo y por andar de entretenido y despistado, perdí la noción del tiempo y me encontré solo, caminando bajo la luz suave de la luna que acariciaba mi rostro y alumbraba las calles. Cuando me aproximaba a las afueras del pueblo para adentrarme a la arboleda que conduce a mi casa, de pronto escuché una aullaría de perros, miré el reloj y marcaban las once y cincuenta, se acercaba la hora mala, en la que anda el Tío Lucas, según dice el abuelo, y por primera vez se me erizaron los pelos, la piel se puso como de gallina, el corazón parecía se me iba a reventar en el pecho y empecé aligerar el paso, de pronto salió de las penumbras de la noche una sombra en forma de silueta de mujer, cubierta con un velo negro y largo que dejaba ver unas enaguas de seda. Yo me quedé mudo, sintiendo un frío helado recorriendo todo mi cuerpo, inconscientemente me había arrimado a una orilla del camino, cuando recobré conciencia, la miré caminando en el aire hacia el monte espeso mientras lanzaba carcajadas funestas, entonces corrí como alma que se la lleva el diablo rumbo a casa, rompiendo el aire frío que entumecía mi cara, minutos después sentí que las fuerzas me faltaban y empecé a caminar agitado mirando a todos lados, tan pronto me encontré en la mitad del camino, escuchando con claridad los sonidos de la quebrada, un ruido extraño entre los matorrales me puso otra vez a acelerar el paso, y cuando pensé en hacer el último pique, estaba cerquita de mi casa. Llegué asesando como si el camino hubiese sido eterno, sintiendo que mi alma y sangre volvían a mi cuerpo, en esos momentos pensé: “Esos bambaros tenían razón de cagarse del puto susto, ahora me toca ir a donde la tía Emilia para que me chupe, me coja de las patas, me sobe las verijas, diciendo: vení, vení, no te espantarás”.

Sírvase un cafecito

A la albita me despertó el ruido de las ollas en la cocina, lo que podía ser que la abuelita estuviese colocando el agua para el café o en su defecto terminando de cernir el mismo, rápidamente me levanté, salí del cuarto y al abrir la puerta de casa me encontré con una mañana vestida de gris que soplabla un viento helado, caminé tiritando hacía la parte de atrás de la casa, ahí me puse las botas, el sombrero y aunque pretendí usar la ruana no lo hice, ya que mujer con ruana ni la comida la gana. Todos los días es lo mismo, me toca ayudar a la abuela para que no siga diciendo que soy entumecida y piscuda a cualquiera que la visite. Al abrir la puerta de la cocina miré a la abuela moviéndose con el mismo afán en la nube de humo que me hizo refregar los ojos, cuando avancé mis pupilas quedaron detenidas en el fuego danzante que hacía crujir la leña seca y lanzando chispas como juegos pirotécnicos, poco a poco el aroma a café recién hechito llegó a mi olfato “¡Qué rico!, una taza de cafecito con tres tortillas al calor de la llama”. Pensé. Cariñosamente saludé a la abuela y le pedí el bendito, para apaciguar el regaño por haberme levantado a las ocho, pero como había amanecido de buenas pulgas con una voz maternal me dijo: “Venga a tomar cafecito, mija”. Lo que tiene de brava lo tiene de generosa y bondadosa, pensé. Le respondí de la forma que me enseñaron desde guagua: “Dios le pague y Dios le bendiga, abuelita”. Mientras esperaba que me sirviera el cafecito, me arrimé a la ventana y miré el reflejo de coloridas ollas y tapas colgadas en la pared; en el piso, al lado del fogón, el desgastado cafetero de madera con la chuspa de cernir el café, adornando la vieja y ahumada cocina. Yo siento que la hora del café, del almuerzo y la cena, son los momentos de mi abuela para hacerme saber cómo ella si es mujer y yo no. Dicho y hecho, me sirvió la taza de café y comenzó a decirme: “Ya le voy a enseñar como se hace un buen café, primero coloca una olla de diez litros de agua a hervir en

el fogón, le echa a la chuspa de tela tres cucharadas llenas de café, luego lo *recierne* unas dos veces. Ahí le queda al punto, ni tan aguado ni tan amargo, de esa manera se sabe si es verdaderamente mujercita". Me comía la lengua por llevarle la contraria, pero al final como siempre sólo fruncí la jeta. Y seguí tomando mi cafecito que me sabía a habas y arvejas tostadas, pero tan bien me sabía a dulces recuerdos de cuando en familia tostábamos en el fogón los granos de café, que luego yo iba a moler al único molino del pueblo, el de los Salazares. De pronto, un susurro de la abuela me llevó nuevamente a su figura, desgastada por el viento, el sol, el frío, la lluvia y el tiempo, de la misma manera que las tejas que dejan pasar por sus rendijas los primeros rayos del sol.

Al terminar el café, con el tono de orgullo que siempre pone, cuando habla de la comida, me contó que para ese día iba a preparar un rico Locro, como siempre no podía faltar el reproche "Aprenda a cocinar para que el marido no la vaya a botar". Yo si no sirvo para andarle diciendo al hombre boquita qué querés, pensé decir, pero otra vez sólo fruncí la cara, sin embargo, me encolerice aún más, cuando me echo la sal "Ya te he de ver carísima". Pero como a los mayores no se les contesta porque te ponen a correr con el cabresto, ese cuero viejo de vaca que te deja ardiendo el rabo, sólo respiré profundo y le oculté mis ojos aguados, sin dejar de tomar mi cafecito.

Este rico cafecito tradicional que ya no toma mi tío, porque "dizque" subió de estrato, ¡Qué va!, cuando le sirve doña Margarita, como él le dice, se lo jarta a gusto con tres panes y ni siquiera siente lo amargo. Antes que agradezca que le ofrecen algo, porque déjenme contarles que ayer fui a ponerme al día con los chismes del pueblo donde doña Socorro, y esa vieja miserable y tacaña no me brindó ¡Ni un cafecito!, parece que no fuera de aquí. Como bien dice el abuelo: "A donde esa vieja no hay que ir, porque no vale, no se le merece ni un vaso de agua". En cambio, doña Charo, doña Rosana, ellas sí son cosa buena, y no sólo lo digo yo, lo dice todo el pueblo: "Si es posible ellas se sacan el pan de la boca para darle al

prójimo”. Por eso yo voy casi todos los días a sus casas a sentirme querida y acogida, pues me gusta que entre chiste y chisme nos atoramos con el pan en la boca de tanta risa, y si doña Charo no sabe bien el chisme, se lo inventa con otra taza de café. Lo único que me molesta es que me quieren meter por los ojos la imagen de la mujer servicial con su queridísimo dicho de todos los tiempos: “Un cafecito no se le niega a nadie y antes te ganas la indulgencias para ir al cielo”. Entonces, me retiro lentamente porque, yo no sé si nací para servir como mi abuela.

El Mal de Vieja

Después de tanto soplar por el juco, de los muchos intentos de querer prender el fogón con esas leñas verdes, con los dientes tiznados y un chisquero de humo, por fin la mujer de pelo gris alborotado y chalina de lana mal puesta miraba el fuego con los ojos llorosos. Cuando se asomó a la ventana, miró a su comadre doña Fabiola acercándose a su casa por la destapada que conduce al pueblo, emocionada doña Chela limpio sus manos en su falda de paño y se apresuró a recibir a su vieja amiga. Con un acto de cortesía la invitó a seguir a su cocina. “Buenos días mi Chelita”, dijo sentándose con confianza en la esquina del fogón. “Buenos días, milagro que se acordó del camino”, le contestó entre risas con un tono de reclamo. Meneando la cabeza, replicó doña Fabiola: “Milagro que usted no hace ingratica”. Enseguida doña Chela le sirvió el cafecito con leche recién sacada de la vaca, preguntando: “¿Qué se cuenta?, ¿Qué la trae a donde los pobres?”. La visita esperó a que doña Chela se acomodara en el viejo escaño a tomar su café, y entonces con un rostro consternado, comentó: “Dicen las malas lenguas que a la hija menor de la Cervelina le ha dado el Mal de Vieja, ¡Esa chiquilla bruta!, dizque la ha llevado a la pobre guagua sin bautizar a ese monte espeso de don Flavio a traer guangos de leña”. Con expresión de asombro y enojó, alzando el café a su boca, doña Chela, preguntó: “¿Y no le colocaría ni una ruda, un escapulario o fumaría un cigarrillo?, viendo que los guaguas tienen el alma livianita y todo espíritu maligno se les pega”. Moviendo la cabeza y dejando su café en pausa a la altura del mentón la visita, respondió: “Esos taitas de ahora que van a saber de los secretos de los mayores, todo les parece chiste”. Doña Chela sorbió el último bocado de café y agarrando el cuchillo a fin de pelar un balde de papas para el almuerzo, expresó: “¡Ay, Dios mío!, qué descuidada esa chiquilla, cómo la va a dejar cuquita, hija del diablo, hasta grandota, que la lleve ligero a los curanderos antes de que La Vieja le coma el corazón” y continuó con el mismo tono de

reproche “¿Qué se puede esperar, Fabiolita?, si se meten bien guaguas a tener crías sin saber nada de lo que tiene que saber una mujer”. Las dos menearon al tiempo la cabeza en negativa y se quedaron en silencio.

Con esfuerzo se puso de pie la visita, dejó el pocillo en la mesa sin lavar y con un tono de resignación, dijo: “Quién sabe si la curen, porque dicen que ya se pierde de lo flaquita”, enseguida, caminó hacia la puerta y antes de dejar la cocina, expresó: “Me voy mi Chelita que me coge el día”. A lo que la mujer de pelo gris sonriendo suavemente, respondió: “No se olvidará de su vieja amiga”. Luego de que la visita se fue, doña Chelita dio un suspiro de preocupación en el silencio que quedó en su cocina.

Días después, llegó a los oídos de doña Chela la noticia de que la guagua de la Cervelina se pasaba todo el día en el fogón sin probar bocado, a pesar de haber sido tratada por los curanderos más ponderados del pueblo. Entonces doña Chela no espero más y se fue rumbo a la casa de la Cervelina que queda en el casco urbano, tocó tres veces y al final le abrió la puerta con recelo, sin pelos en la lengua doña Chela, le dijo: “Me dijeron que su guambra tiene el Mal de Vieja”, frunciendo la cara, le contestó: “La veluda lo que tiene es fiebre de lombrices por andar comiendo tanta panela”. De pronto, asomó por la puerta la niña tal y como había sido descrita en las conversaciones, doña Chela se apuró a persignarse y con un tono de preocupación a modo de consejo, le dijo: “Llévala ligero a donde el cura para que la bautice y le eche los santos óleos ¡Qué no vez!, que la guagua tiene los ojos hundidos, la piel amarillenta y verdosa, a leguas se nota que no solo es una fiebre de lombriz como decís, chiquilla loca”. Enfurecida la Cervelina, exclamó: “¡Yo veré cómo crío a mis hijos y nadie tiene que meterse!”. Y le cerró la puerta en la cara.

Una mañana se enteró doña Chela que la Cervelina encontró a su hija a las doce de la noche en el fogón, rechinando los dientes y comiendo carbón, y que fue tanta su impresión que había salido a gritar como loca en la calle: “A mi guagua le dio el Mal de Vieja”. Ese

mismo día en la noche entre gritos y llantos la Cervelina llegó a la casa de doña Chela con su hija en brazos, implorando ayuda, la señora corrió a buscar en su baúl de madera el crucifijo que tenía de su bisabuelo y lo colocó detrás de la puerta, luego fumó un puro, prendió el fogón con ramos bendecidos de Semana Santa, enseguida desvistió a la guambra y le empezó a sopletear con los menjurjes de curar el Mal de Ánima que en los viejos tiempos le enseñó su madre, y a la Cervelina la puso rezar como condenada y en otros momentos a insultar a La Vieja con toda su rabia y enojo. Así, pasaron toda la noche.

Al aclarar el día corrieron donde el cura a contar lo sucedido y ahí mismito se puso la sotana, le dijo a doña Chela que cogiera a la niña en sus brazos y la bautizó, sin pensar se hicieron comadres. Horas más tarde, la niña con una mirada tierna y firme hacia su madre dio su último suspiro como si le estuviera dando las gracias por haberla hecho cristiana.

Destrozada llegó doña Chelita a su casa, abrió la puerta y encontró el crucifijo en el piso, las cenizas del fogón esparcidas. La Vieja se había marchado enfurecida, porque de alguna manera doña Chelita ayudó a salvar el alma de la guagua. Desde ese tiempo, la Cervelina se hizo la consejera y curandera del pueblo, no es tan buena como doña Chelita, pero de vez en cuando en algo le atina.

De a pedacito se comió el cuy

Contaba con los dedos los días que faltaban para las fiestas del Señor de los Milagros que se celebran cada año a finales del mes de enero, ya que me emocionaba la visita de la tía que viene desde la ciudad, la mujer más querida y admirada por la abuela, por eso ya le había separado cuatro cuyes grandes y gordos, un bayo, un moro y un colorado. Nos trajo una linda pinta a todos, ella nunca llega con las manos por delante, como decía el abuelo cuando no traen ni polvo en los bolsillos, por eso la reciben “Doctora por aquí, doctora por allá”, ni a uno lo tratan así, siendo la *china* de la casa.

Ese día mi madre y la abuela la actualizaron con todos los chismes del pueblo, en el café, en el almuerzo e incluso hasta en la merienda al cucho del fogón, rajaban del prójimo ¡Cómo si nada!, ¡No sabiendo que eso es pecado!, yo por eso no soy chismosa, pero sí, paró oreja cuando me conviene. Lo que me parecía raro es que la tía no fuera corriendo como siempre a la *cuyera* a ver a los padrones, las nuevas razas y de pasó a quejarse de que cuando ella, criaba cuyes la gente los miraba con recelo y mal ojo, por ello al otro día le amanecían tiesos ¡Qué vaaa!, si era *bámbara* para criar, los dejaba días enteros sin comer, cosa que los cuyes chillaban del hambre, así que yo les lanzaba de vez en cuando unas tres ramas de chilca. Ahora mi tía estaba ahí, al calor del fuego y en mi silla con pierna cruzada como de la alta alcurnia. Fue inevitable ver como fruncía la trompa cuando mi madre con tanta alegría trajo los cuatro cuyes a la cocina “No se vaya a preocupar, yo ya no como cuy, porque eso es como una rata, eso dicen en la ciudad”, dijo la tía con un acento dizque paisa. Como si hubiera recibido la peor ofensa de su vida, la abuela empezó a rabiarse en silencio, su rostro reflejaba el disgusto y la desilusión. Triste nuevamente cogió el costal y llevó los cuyes a la *cuyera*.

La abuela le dio la cena con mala gana y no quiso gastar más lengua con la tía. Ahora yo también entendía por qué ella no había dicho a qué horas vamos a asar el cuy; ¡Claro está!, ella piscudita si era, a gran suerte se pelaba uno.

Cuando la tía se fue al pueblo la abuela se desahogó con mi mamá y conmigo "¡Ya no como ratas!", exclamó remedando y continuó: "Si se chupaba los dedos comiendo la pata de cuy". De pronto puso su mirada rabiosa en mí y señalándome con el dedo, en voz alta me dijo: "¡Vos no vas a ser así!, no vas a desconocer la tierra si algún día te vas de aquí". No le respondí nada, porque el que no come cuy, no es y no quiere a Gualmatán, eso me enseñó la abuela.

Al otro día en la mañanita sin pasarle totalmente el sabor amargo de aquel ultraje, después de ir a la misa a honrar a nuestro patrono en su día de fiesta, cerré los ojos cuando la abuela machuco cinco cuyes en el piso de la cocina y me tape los oídos para no escuchar como traqueaba su cráneo, enseguida los zambulló en el agua hirviendo al tiempo que los iba pelando, luego los revolcó en la ceniza, les chamusco los pelos que aún quedaban, pronto los enjuago y con un cuchillo les cortó la barriga y los dejó zumbos por dentro. Al instante, les echó salsita y cebollita molida, y por último la abuela los colgó en una vara encima del fogón para que se escurrieran y penetrara más la sazón.

Cuando cayó la anhelada tarde, la abuela sacó los asadores, unos palos de espina verde con filosa punta que atravesaron el cuy desde el rabo hasta la boca "¡El fogón está listo para que ayuden a asarlos!, exclamó con su tono de voz de mando. Yo soplaba con el juco, a ratos mi mami con la tapa, que difícil era mantener al rojo vivo ese carbón y esas raíces de tronco de ciprés para que no se inundase de ceniza la cocina. En un momento mi madre enfadada me tiró la paila tiznada, diciendo: "¡Piscuda!, los cuyes se están secando y voz ni siquiera les has echado la mantequita de puerco con la vara de cebolla para que doren

parejito”. Yo esperaba que la abuela me defendiera, pero asentó la cabeza y exclamó: ¡Bien hecho! y siguió pelando las papas.

Al cabo de media hora, de tanto dar vueltas al asador, el cuy se iba asando tal y como quería mi madre, llegando a nuestro olfato un rico olor a cuy asado ¡Pero yo sí, me avispe!, a pesar de que estaba caliente con los dedos le arranque las orejas y después seguí con las patas. Mientras tanto la tía estaba avergonzada y sentada en el rincón de la cocina, mirando como yo saboreaba, se le notaba a leguas que se le escurrían las babas.

Después de una hora y media, se les miraba el cuero crocante y doradito, listos para chuparse los dedos. La abuela los despreso y los pasó con papas fresquitas, un choclo tiernito y un puñado de habas, pero como estábamos en fiestas no puede faltar la chichita para bajar la comida y quemar la grasa.

A mi tía como no come “ratas” le sirvieron lo mismo, salvo que, sin la presa de cuy, quien la manda hacerse la paisa y a despreciar lo sabroso que tenemos, pero como yo no soy mala ni guardo rencor, para que no se le reviente la hiel le pasé una pata *cachicada*, más no se merecía, y la tía ni corta ni perezosa se la comió y hasta los huesos se los chupó.

De repente, tocaron la puerta de la cocina, eran los compadres de la abuela que venían de Iles ¡Qué buen olfato y a mala hora llegan !, pensé. Y me apuré a esconder mi presita debajo de la chalina de lana, pero mi abuela había sido bien precavida, tenía escondido un cuy enteró en una olla y ahora entendía por qué nos dio de a pitico, como siempre, ella atendiendo mejor a los que llegan y no a nosotros que criamos y nos sacamos el aire cogiendo los bultos de hierba en la punta de la montaña y que cada semana sagradamente recogemos el abono de la cuyera, jediondo y húmedo para botarlo en la hierba recién cortada ¡Qué vaa!, tanto trabajo para engordar a esos hijuepuchicas cuyes y ni siquiera le dan a uno una presa que le llegué a la muela, y todavía tener que aguantar todo ese calor para que queden bien asaditos, que rabia con los compadres de la abuela, de ver como saborean y sin

haberse jodido nada. El único consuelo que tengo es que se los atendió bien para no que anden hablando que vinieron a Gualmatán y no les dieron nada. Yo por eso, cuando sea grande miserable si voy a ser y a puerta cerrada comeré mis buenos cuyes y el que llegue que se chupe el dedo.

Un hervidito pa' el frío

Regrese como cada año a mi pueblito Gualmatán a pasar el año viejo, pues allá en la ciudad no se siente ni se vive este día como en tierra, que se goza y se despide con todas las de la ley, como Dios manda, con belenes, desfiles y fiestas en donde nunca falta un hervidito pa' el frío. Por ende, resulta normal encontrarse a muchos coterráneos que vienen desde la Conchinchina. Esta vez me topé talando las mismas calles de mi pueblo a la Karen, al Muses y al Franklin que le decimos El Mono, el único que se quedó boleando pala en la patria chica. Con gran conmoción nos abrazamos, charlamos y nos reímos de las anécdotas compartidas. Antes de despedirme sonriendo me dijeron: “Caigamos a las siete a la casa del Oso a tomar unos herviditos, ¿Qué decís ala?”, yo ni corta ni perezosa, les dije que sí, ¡echémosle! Pues ya me veía saboreando un hervidito a los tiempos y pasándola bueno, como en otras ocasiones.

Bajo la noche vestida de negro nos reunimos en el parque de la iglesia para caerle en gallada al Oso, caminamos por la calle real y luego nos desviamos por la 13 que nos condujo hacia el barrio el Dorado. Entramos con toda confianza por el portón azul del garaje que tenía clavado un letrero que decía: “Cars pintura”, y de inmediato sentí que se había opacado el olor fuerte de las pinturas por el aroma dulce y leñoso de la canela y el anís. Para mí uno huele el hervido y se acuerda de sus épocas, es como beberse los recuerdos, porque Gualmatence que no haya vendido hervidos en las fiestas Patronales, en las fiestas de San Antonio, en las fiestas de la Municipalidad, no es Gualmatence.

Encontramos en el sitio, mucha genticita más joven que nosotros a los que les decimos las guaguas, unos estaban echando leña y hojas de eucalipto al fogón que estaba ensamblado en la mitad del patio de tierra, otros sentados alrededor de la llama con sus ojos clavados en las pantallas de sus celulares. Ante aquella imagen de la flor de la juventud fue

inevitable entre los míos la recocha en susurros de lo cuchos que nos sentíamos y que quizá ya no éramos para estas andanzas, sin embargo, ya estando ahí, teníamos que darla toda. Aquellos chiquillos se mostraron evasivos con el saludo al igual que nosotros, al principio siempre es así. Después de saludar al anfitrión de la casa que estaba meneando con una cuchara de palo la olla tiznada con maracuyás, canela y anís estrellado, nos acomodamos en una parte del fogón desocupada, y esperamos a que llegaran otros de nuestra generación a poner el ambiente. En minutos, entró por el portón el hijo del Chompiras, el más chumin, con una botella de Chapil en mano, diciendo: “Si falta no se preocupen que yo voy a traer más de la caleta que tengo en casa” ¡Qué vaaa!, él socio si es parlero, pero sabe bien nuestras mañas”, pensé. Y me uní a los aplausos de su entrada triunfal. Después fueron llegando como pulgas, cayó El Mosco, el alma de la noche, alborotista y loco como él ninguno, también hizo presencia la hija de la Sólo Ojos, “la del pueblo y para el pueblo”, y por supuesto no faltaron los picados que llegaron caminando en el aire, dispuestos a casar buena luca para el trago.

Más adelante, arrimaron las voces melódicas y dulces de la noche, Jean Paul y su look romántico con la guitarra y el hijo de doña Rosa Martínez con su caminar relajado, vistiendo con ropa suelta y holgada. Esto sí se armó, dijimos todos contentos al tiempo que los saludamos calurosamente.

El Mueses tomó la iniciativa de amenizar el ambiente colocando todo el repertorio de la música que tenía en su celular, merengue, salsa, reggaetón... Después de unos veinte minutos, estaba lista la olla con la infusión de frutas para echarle el último ingrediente, pero como siempre el Oso ni nosotros sabíamos la cantidad de destilado de chapil que debíamos echar a la olla. El Oso se persignó y a la de Dios le echó, diciendo: “Si queda, queda, lo que fue, fue, muchachos”. Mientras todos se rieron, yo en el fondo de mi corazón rogué para que tuviera buen ojo y quedará bien rico. El anfitrión de la noche botó el primer chorrillo pa’ las ánimas y siguió surtiendo, la ley es entrar todos por igual al mismo ambiente, a la misma

sintonía, así es más bonito y alegre, por eso colocamos al hijo de Chompiras que tiene buena parla a surtir las siguientes rondas “¡Tomate unita nomas, pa’ el frío y el susto!”, les dice, hasta que los pica y le ahorran el trabajo, pero no falta el vivo con la frase: “Primero la tuya y después la mía”, de ahí que es el primerito en quedar en las últimas, y luego perríadisimo sube a la cantera, a la montaña de minas de rocas en donde queda su casa.

El primer trago me puso a gloria, en los siguientes ¡Juepúchica!, ¡Eso sí!, todos nos fuimos relajando hasta que agarramos confianza y sacamos el indio que llevamos dentro, entonces fluye bien lindito el *achichay* y el *achichucas* en la melodía de la noche. De esta manera, entramos a la misma dinámica de siempre, se saludaba y se conversaba con todo el mundo, escuchábamos nuevas historias y hacíamos nuevos amigos.

Avanzada la noche, el Oso sacó tremendo disco móvil que nos puso en una sola bailada alrededor del fogón que cocía otra ollada de hervidos que, a falta de maracuyás, el Oso repeló con todo lo que tenía su mamá en la cocina, y como resultado quedó una revoltura que si no fuera por la canela y el anís de seguro nos hubiera cogido una *quichalera* ni la berraca.

Con los traguitos encima, nos reímos unos con otros, sacando nuestros mejores pasos con el guaracazo y no podía faltar el reggaetón para perrear y el merengue clásico de recuerdos de antaño ¡Qué bonita energía al son de la música! Todo quedó registrado en el bendito Tik Tok.

Cuando estaba bailando una piecita con El Mueses, se puso a reír sin previo aviso y enseguida me preguntó: ¿Ala, no te parece qué estábamos haciendo el ritual de las brujas que danzan alrededor de una olla de menjurjes? Yo le respondí riendo que más bien parecíamos cuyes dando vueltas en el fogón asándonos, porque sentía los cachetes colorados del calor.

Después de zapatear me quedé a gusto sentada mirando las escenas ridículas, puesto que nunca falta los sentimentales que a moco tendido cuentan sus penas amorosas, también

los torcidos que ponen los cachos de toro a sus novias, pero lo que me dio más risa fue ver al Mono que es la más teja, buscando pelea como si se le hubiera metido El cuco, que es diablo mismo, y que la Karen riendo, le preguntaba: ¿Ala, vos si sos bautizado?, o si no, hablarás para ir a pedir al cura agua bendita.

Más tarde, acurrucados alrededor del llama, tomando ya solo puro chapil, Jean Paul nos endulzó la noche y aceleró el corazón con vallenatos y seguidamente el nieto de doña Rosa Martínez nos puso a cantar las melodías de Reggae, Hip hop y Rap, y en tiempos de pausa nos embriagamos de recuerdos compartidos, echamos chistes, hablamos del sexo candente como dice El Mueses, de la mariguana, del mal de amores y planeamos ir a embriagarnos del aroma suave y fresco de montaña en la hora del crepúsculo que baña de colores tenues el cielo de Gualmatán. Lo que más me gusta de estas charlas profundas es que corren como el agua en la quebrada y el que se atreva a juzgar, ahí mismito El Mono lo va es levantando. A lo último cada galladita se tomó la infaltable selfi alrededor del fogón, incluido nosotros, para el Instagram, el Facebook y el Whatsapp.

Así disfrutamos del momento y de la compañía hasta las tres de la mañana, hora en la que hacía un tremendo frío, porque ya no encontramos con que mantener la llama de fogón. Todos salimos por el mismo portón “caminando chanchacos” y bien entumidos, pero contentísimos.

Esa noche me acosté en mi camita vieja con una sonrisa maliciosa y unos ojos pícaros, pensando en la cara angelical y dulce que me quería echar el cuento en la fiesta, pobre guagua que me quería parlear a mí que ya estoy curtida. Pero, pensando bien bonito, voy a planear un hervidito en mi casa para ver si me avispo.

El viejo fogón del abuelo

Después de un largo tiempo en la ciudad, llegué a casa y encontré a mi abuelita bañada en la luz tenue de la tarde, sola, acurrucada en su banquito al cucho del fogón, cubriéndose con su chalina de lana del aire frío y del vacío de aquella vieja y ahumada cocina que un día fue tan cálida y acogedora con la presencia del abuelo. Nunca había acariciado mi vista tal imagen tierna y dulce, pero tan melancólica y nostálgica que ensanchó mi corazón y afloró el recuerdo de la sonrisa de sus ojos, cuando el abuelo con un tono de voz dulce y abrasador traía al fuego de la noche la música de su época que resuena en mi mente y besa mi ser “¿Amor de mi alma, en dónde estás? / Ven que te espero con ansiedad, / pasan los días, pasan los años, / Y yo esperando que tú vendrás (...)”. En el momento en que, la abuela acomodó detrás de la oreja un mechón de pelo gris, recordé su cara de enojo cada vez que el abuelo soltaba tremendas y contagiosas carcajadas, dedicándole la siguiente copla: “Allá arriba en esa loma, / canta y silba una paloma, / y en el silbirico dice: peinariste cabezona”. Era una de las tantas coplas creadas en el fogón junto a nosotros.

Como la abuela estaba tan sumida en sus pensamientos, dejé la angustiada espera y con cautela me acerqué, le pedí el bendito y nos abrazamos con el alma, haciendo caer sobre el hombro de la otra el llanto quemante que congela y cala profunda. Esas gotas cristalinas que un día mojaron los ríos del tiempo en que el abuelo contaba en el viejo fogón historias sobre la capilla del Señor de los Milagros, también hablaba de los viajes a Barbacoas que hacían los Gualmatences para intercambiar productos nativos, del cortejo a la mujer con la serenata en el sereno de las altas horas de la noche, y por supuesto no podían faltar los cuentos de miedo que hacían reír a la abuela, como el de La Tetona, esa una vieja gorda,

jorobada y con sus tetas grandes volteadas por encima de los hombros que suele andar en las horas mala espantando a los mujeriegos.

Ya sentadas al calor del fogón con la tacita de cafecito en mano, le conté a la abuela algunas experiencias de la Universidad y de la vida en la ciudad, ella me felicitó con un tono maternal por no haber llegado con la pipa llena, ya que lo primerito es la bendición del sacramento del matrimonio, era como si estuviera escuchando al abuelo y lo imaginé sentado en su escaño, puesto su ruana de lana blanca, su sombrero de paño desgastado y sus botas Machas llenas de parche, relatando de manera jocosa sus travesías. Mientras recordaba tiempos de antaño en la cocina, giré la cabeza hacia la pared negra del tizne y vi el cabestro que estaba colgado, ese cuero de vaca viejo, con el que nos mandaba sagradamente el domingo a misa, y otras veces lo usaba para sacarnos corriendo en pura de la llama alumbrante por jodidos, diciéndonos con una mirada firme y enojada: “El pan en una mano y el perrero en la otra”.

Después de tomar el cafecito, pude ver en los ojos de la abuela la tristeza y la agonía, quizá esperaba como yo la visita de mis primos. Tan pronto, comenzó a echar más leña al fuego y preparar la merienda, con un tono de voz acongojado, me dijo: “Ya nadie está para escuchar mayores, hija” y continuó: “En estos tiempos, les parece más entretenido el televisor y el celular que la conversa anticuada del pobre viejo”. Pero ahí estaba yo añorando y abrazando lo vivido, así que, puse en conversación los recuerdos frescos del jardín de mi alma que el abuelo sembró en mí. Empecé recordando con emoción y devoción la leyenda del Señor de los Milagros que nos era pan de cada día, la cual cuenta que dos indiecitos de Pupiales con machete en mano fueron en busca de la res perdida hacia el monte, hasta llegar a la meseta que hoy es Gualmatán, y de pronto se detuvieron ante un árbol de arrayán frondoso que sostenía entre sus gajos la imagen de Taitico Dios crucificado. A continuación, la abuela se devolvió cuarenta años o quizás más años en el tiempo, recordando a su padre y a sus

amigos reunidos en el estanco del barrio o alrededor de las tres tulpas, relatando bajo la luz de la vela sus anécdotas.

Cuando se perdió el sol en el ocaso y murió el día, tenía la ilusión de que llegara algún nieto a abrigarse alrededor del fuego después de la cena, como antes lo hacíamos, pero la abuela me dio la bendición y se fue a dormir ligero, confirmando que los tiempos buenos sí habían terminado. Entonces sentí un golpe de viento frío que sacudió todo mi ser y que terminó de sacarme de la cocina. Esa noche reposé sobre el regazo de mi antigua almohada con el corazón partido y el alma llorando, ya que sin saberlo había dejado un mundo y me encontré otro que me era ajeno, para el que ya no había cura ni remedio alguno. Así, me imaginé en mi vejez, sola, al calor del viejo fogón del abuelo con mis pensamientos y sentimientos en la punta de mi boca.

GLOSARIO

Alboreda: Carretera destapada rodeada de árboles

Adulada: Consentida y sobreprotegida

Achichay: Interjección de frío

Achichucas: Interjección de calor

Cachicada: Corte de cabello disparejo

Chanchacos: Dificultad en la marcha

Changado: Rodear/abrazar a una persona con las piernas

Chicha: Bebida derivada de la fermentada de maíz

Chilca: Planta medicinal que comen los animales

Chumado: Persona ebria

Cunche: Prenda de vestir de mujer hecha a mano, elaborada con lana, y que se usa encima de la ropa interior

Cucho del fogón: La esquina del fogón

Cuyera: Lugar encerrado donde se crían los cuyes

Cuy bayo: Raza de cuy de pelo amarillo oscuro

Cuy moro: Raza de cuy de pelo morado

Cuy chiloso: Raza de pelo ondulado

Enagua: Prenda de vestir liviana que va encima de la ropa interior

Carisina, piscuda, bámbara: Mujer que no sabe hacer los oficios de la casa

Intundar: Cambio en el estado de conciencia por una creencia misteriosa (Duende, viuda, Llorona...)

Juco: Tubo de hierro que sirve para soplar el fogón

Juetiza: Golpiza

Locro: Comida tradicional que contienen como ingrediente principal la calabaza y otras verduras propias de la región

Mal de Ánima: Es un espíritu en pena que no ha recibido la absolución del perdón de los pecados por parte del sacerdote

Perríadisimo: Persona en estado de embriaguez severo

Pie limpio: Andar descalzo

Quichalera: Enfermedad diarreica

Quebrada: Paso estrecho del agua por una superficie terrestre

Recernir: Cernir el café dos veces

China: Persona que hace todos los oficios de la casa

Taitico: Forma cariñosa para referirse al padre celestial

Veluda: Niña

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Cassirer, E. (1951). *Las ciencias de la cultura*. México, Fondo de Cultura Económico.
- Cassirer, E. (1967). *Antropología filosófica*. México, Fondo de Cultura Económico.
- Cross, E. (2003). *El sujeto cultural: sociocrítica y psicoanálisis*. Medellín, Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Bruner, J. (2004). *Realidad mental y mundos posibles. Los actos de la imaginación que dan sentido o la experiencia*. Gedisa.
- Wittgenstein, L. (2012). *Tractatus logico-philosophicus*. Madrid, Alianza Editorial.
- Borgdorff, H. (2006). *El debate sobre la investigación en las artes*.
- http://blogs.fad.unam.mx/asignatura/adriana_raggi/wp-content/uploads/2015/01/El-debate-sobre-la-investigaci-n-en-las-artes-2.pdf
- Peña, A.G-A. (2018). La creación como investigación: aportes para la reflexión desde la experiencia en la Universidad Central. *La palabra*, 7.
- Gutiérrez, A. (2008). *Creación en narrativa, otra cara de la investigación literaria*. Bogotá. Visitas al patio. Editorial universitaria de Cartagena.
- Guber, R. (2001). *La etnografía, método, campo y reflexividad*. Bogotá, Grupo Editorial, Norma.